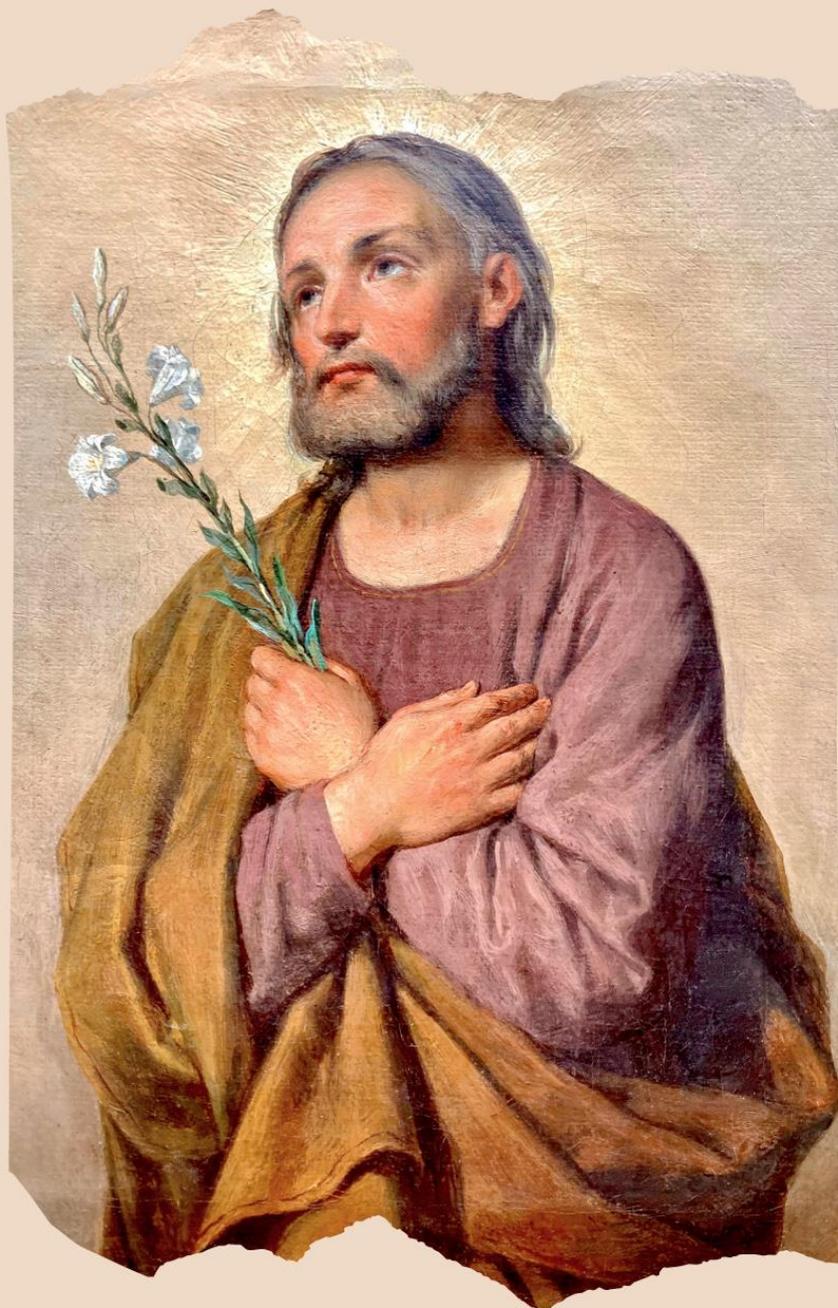




*Conferencia Episcopal de Colombia*

**SUBSIDIO DE CELEBRACIONES  
PARA LA CONCLUSIÓN DEL AÑO DE SAN JOSÉ  
EN LAS IGLESIAS PARTICULARES**

2020 – 8 de Diciembre– 2021



**Departamentos de Doctrina y Liturgia**

# Contenido

Presentación .....	3
1. MISA SOLEMNE.....	5
2. HORA SANTA EN HONOR DE SAN JOSÉ, EL HOMBRE DE LOS SUEÑOS .....	12
3. SEPTENARIO: SAN JOSÉ EN EL MISTERIO DE LA REDENCIÓN .....	20
4. RETIRO ESPIRITUAL: EL PADRE NUESTRO Y SAN JOSÉ .....	39
ANEXO 1: CARTA APOSTÓLICA <i>PATRIS CORDE</i> .....	66
ANEXO 2: <u>DECRETO</u> Se concede el don de indulgencias especiales con ocasión del Año de San José, convocado por el Papa Francisco para celebrar el 150 aniversario de la proclamación de San José como Patrono de la Iglesia universal .....	79

## Presentación

Hace ya 150 años el beato Papa Pío IX declaraba a San José como “Patrono de la Iglesia Católica”; San Juan XXIII, para recordar el acontecimiento y a quien lo promovió, escribía en su Carta Apostólica *Le voci*: “El 8 de diciembre de 1870, en el Concilio Vaticano, interrumpido por los acontecimientos políticos, [Pío IX] aprovechó la feliz coincidencia de la fiesta de la Inmaculada para proclamar más solemne y oficialmente a San José como Patrono de la Iglesia universal y elevar la fiesta del 19 de marzo a rito doble de primera clase”<sup>1</sup>.

Como ya es conocido por todos, el 8 de diciembre del año pasado el Papa Francisco invitó a la Iglesia Universal para que conmemorara de una manera especial este sesquicentenario favoreciendo así, en el contexto adverso generado por la pandemia de covid-19, la reflexión en torno a una “figura extraordinaria, tan cercana a nuestra condición humana” para aprovechar la ocasión de recordarle a la humanidad que “nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último *show* pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia”.<sup>2</sup>

La clausura del Año de San José se realiza en el contexto del Sínodo 2021-2023, “Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión”. Meditar en el Santo Patriarca nos permite acogernos a su intercesión para que este momento sea vivido como un *kairós* que permita avanzar en la continua reforma de la Iglesia en la cabeza y en los miembros (*in capite et membris*) que no podría realizarse sin un correcto ejercicio de la praxis sinodal.<sup>3</sup> Además de pedir al patrono de la Iglesia su eficaz intercesión, esta coyuntura permite presentar el ejemplo de su vida como un modelo concreto para vivir la espiritualidad en la sinodalidad a través de la práctica de la virtud del silencio que permite la escucha al Pueblo fiel, la obsecuente obediencia a la voluntad de Dios, la acogida al prójimo sin condiciones, la valentía creativa en medio de las adversidades y muchas otras virtudes y cualidades que podemos descubrir en el “Custodio de la Iglesia”.

Atendiendo a estos motivos, los Departamentos de Doctrina y de Liturgia del Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano (SPEC) han preparado este **“Subsidio de celebraciones para la conclusión del Año de San José en las Iglesias Particulares”** encaminado a no dejar pasar desapercibido este

<sup>1</sup> Juan XXIII, Carta Apostólica *Le Voci* sobre el fomento de la devoción a San José (19 de marzo de 1961).

<sup>2</sup> Francisco, Carta Apostólica *Patris Corde* (8 de diciembre de 2020).

<sup>3</sup> Cf. Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, 34.



acontecimiento eclesial y a sacar provecho espiritual de él durante la fase diocesana del Proceso Sinodal. El documento contiene varias propuestas (Misa Solemne, Hora Santa, Septenario y Retiro Espiritual) que podrían acogerse bien sea todas en su conjunto o elegirse alguna de manera particular para realizarse en el contexto de la clausura. Al menos en lo que concierne a la propuesta aquí contenida de “Misa Solemne”, en la que se podrá ganar la Indulgencia plenaria, se entiende que esta ha de celebrarse un día distinto al 8 de diciembre en razón de la precedencia de la cual goza la Solemnidad de la Inmaculada Concepción.

Al final del subsidio de celebraciones ha parecido conveniente anexar dos documentos de especial importancia como lo son la Carta Apostólica *Patris Corde* del Papa Francisco y el Decreto de la Penitenciaría Apostólica sobre la concesión “del don de indulgencias especiales con ocasión del Año de San José”.

“José, a la vez que continúa protegiendo a la Iglesia, sigue amparando *al Niño y a su madre*, y nosotros también, amando a la Iglesia, continuamos amando *al Niño y a su madre*” (*Patris Corde*, 5).



## 1. MISA SOLEMNE

*El Celebrante:*

En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

**R.** Amén.

El Señor esté con ustedes.

*El Celebrante:*

Hermanos: Unidos en la fe para concluir solemnemente este año en el que la Iglesia nos ha puesto como modelo de vida al Glorioso Patriarca San José, recordemos que se nos ha ofrecido el regalo admirable de la Indulgencia Plenaria que es perdón y misericordia, gozo y esperanza que nos asegura el don de Dios que nos ama y nos perdona.

Para acercarnos con un corazón purificado al misterio del amor y de la vida en el que ganaremos el don de la Indulgencia, pidamos con fervor la gracia del perdón.

*El Celebrante:*

**V.** Señor, ten misericordia de nosotros.

**R.** Porque hemos pecado contra ti.

**V.** Muéstranos, Señor tu misericordia

**R.** Y danos tu Salvación.

*El Celebrante:*

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

**R.** Amén.

Señor, ten Piedad...

**Gloria**



## ORACIÓN COLECTA

**Oremos**  
**Dios todopoderoso,**  
**que pusiste bajo la fiel custodia de san José**  
**los comienzos de la salvación humana,**  
**te pedimos que, por su intercesión,**  
**la Iglesia pueda llevarla a su plenitud.**  
**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo**  
**que vive y reina contigo**  
**en la unidad del Espíritu Santo**  
**y es Dios, por los siglos de los siglos.**

## LITURGIA DE LA PALABRA

*Esperando contra toda esperanza, creyó*

### **Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (4, 13.16-18.22)**

Hermanos: En efecto, la promesa de recibir el mundo en herencia, hecha a Abraham y a su posteridad, no le fue concedida en virtud de la Ley, sino por la justicia que procede de la fe. Por eso, la herencia se obtiene por medio de la fe, a fin de que esa herencia sea gratuita y la promesa quede asegurada para todos los descendientes de Abraham, no sólo los que lo son por la Ley, sino también los que lo son por la fe. Porque él es nuestro padre común como dice la Escritura: Te he constituido padre de muchas naciones. Abraham es nuestro padre a los ojos de aquel en quien creyó: el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia a las cosas que no existen. Esperando contra toda esperanza, Abraham creyó y llegó a ser padre de muchas naciones, como se le había anunciado: Así será tu descendencia. Por eso, la fe le fue tenida en cuenta para su justificación.

### **Palabra de Dios.**

**SALMO** Sal 88, 2-5.27.29

**R. *Su descendencia permanecerá para siempre.***

Cantaré eternamente el amor del Señor,  
proclamaré tu fidelidad por todas las generaciones.  
Porque tú has dicho: «Mi amor se mantendrá eternamente,  
mi fidelidad está afianzada en el cielo. **R.**



Yo sellé una alianza con mi elegido,  
hice este juramento a David, mi servidor:  
"Estableceré tu descendencia para siempre,  
mantendré tu trono por todas las generaciones." **R.**

El me dirá: «Tú eres mi padre,  
mi Dios, mi Roca salvadora.»  
Le aseguraré mi amor eternamente,  
y mi alianza será estable para él. **R.**

### Aleluya

¡Felices los que habitan en tu Casa, Señor,  
y te alaban sin cesar!

### EVANGELIO

José hizo lo que el Ángel del Señor le había ordenado

**+ Del Evangelio según san Mateo (1, 16. 18-21. 24a)**

Jacob fue padre de José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado Cristo. Este fue el origen de Jesucristo:

María, su madre, estaba comprometida con José y, cuando todavía no habían vivido juntos, concibió un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era un hombre justo y no quería denunciarla públicamente, resolvió abandonarla en secreto.

Mientras pensaba en esto, el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que ha sido engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Ella dará a luz un hijo, a quien pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su Pueblo de todos sus pecados.»

Al despertar, José hizo lo que el Ángel del Señor le había ordenado.

**Palabra del Señor.**

**Credo.**

**Para ganar el don de la Indulgencia, hagamos profesión de fe:**



## ORACIÓN DE LOS FIELES

### *El Celebrante:*

Reunidos en la esperanza, suplicamos la misericordia de Dios y presentamos nuestras necesidades y esperanzas, diciendo:

### ***Oh, Señor, escucha y ten piedad.***

- Dios de la Historia, te rogamos por tu Iglesia, para que unida al Papa y a nuestros Pastores, pueda llevar a todos la luz de la esperanza y de la paz.
- Dios de la Esperanza, te rogamos que sigas llenando el mundo con el alegre testimonio del Patriarca San José, para que, viviendo en la alegría de la fe, uniendo con amor oración y trabajo, seamos también testigos de vida y de la verdad.
- Dios de la paz, ayúdanos a que la Intercesión de San José nos ayude a conseguir la paz de nuestra patria y renueve en nuestros jóvenes la esperanza, la alegría que la violencia nos quiere arrebatar, para que construyamos juntos una Colombia llena de valores y de fe.
- Dios de la Alegría, concédenos el gozo de servirte desde cada una de nuestras tareas y haz de este pueblo que peregrina en la fe, un testimonio constante de esperanza y de paz.

### *El Celebrante:*

*Acoge, Dios de nuestra historia, la voz de quienes hemos puesto nuestra confianza en ti, y que todo lo esperamos de tu amor providente, por Cristo, nuestro Señor. Amén.*



## LITURGIA EUCARÍSTICA

### ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS.

***Te suplicamos, Señor, que así como san José sirvió con sincera entrega a tu Hijo unigénito, nacido de la Virgen María, también nosotros podamos celebrarte en esta liturgia con un corazón puro.  
Por Jesucristo, nuestro Señor.***

### PREFACIO

*El Patriarca san José en la historia de la Salvación.*

- V. El Señor esté con ustedes.  
R. Y con tu espíritu.  
V. Levantemos el corazón.  
R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.  
V. Demos gracias a Señor, nuestro Dios.  
R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,  
es nuestro deber y salvación  
darte gracias siempre y en todo lugar,  
Señor, Padre santo,  
Dios todopoderoso y eterno.

Y alabar, bendecir y proclamar tu gloria  
en la solemnidad de san José.  
Porque él es el hombre justo  
que diste por esposo a la Virgen, Madre de Dios;  
el servidor fiel y prudente que pusiste al frente de tu familia  
para que, haciendo las veces de padre,  
cuidara a tu Hijo único,  
concebido por obra del Espíritu Santo,  
Jesucristo, Señor nuestro.



Por él, los ángeles celebran tu gloria  
te adoran las dominaciones,  
se estremecen las potestades.

Te aclaman con alegría  
las virtudes del cielo y los santos serafines;  
Permítenos asociarnos a sus voces,  
cantando humildemente tu alabanza:

*Santo, santo...*

### PLEGARIA EUCARISTICA III.

#### ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN.

***Padre, protege siempre a tu familia,  
que has alimentado con el sacramento del altar  
en la gozosa celebración de san José,  
y custodia en tus fieles los dones  
que con tanta bondad le concedes.  
Por Jesucristo, nuestro Señor.***

#### Concesión de la Gracia Jubilar.

Para que obtengamos la gracia de la indulgencia, oremos ahora por el Papa y por la Iglesia.

#### Oración por el Papa:

***Dios nuestro, que en tu providencia  
edificaste tu Iglesia sobre el fundamento de Pedro  
y lo pusiste al frente de los demás apóstoles,  
mira con bondad a nuestro Papa Francisco,  
a quien has constituido sucesor de Pedro,  
y concede que sea, para tu pueblo,  
principio y fundamento visible de la unidad de la fe  
y de la comunión.  
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,  
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,  
y es Dios, por los siglos de los siglos.***



## Invocación a San José

Glorioso Patriarca San José: Haz que nuestra Iglesia que te tiene por Patrono Universal sea Escuela de Valores, hogar de las virtudes, familia que cree y trabaja, que ama y espera. Que en este Año Jubilar alcancemos la dicha de imitarte, vivir en Dios, sembrar esperanza, ser alegres testigos de la vida y de la paz, servidores de la verdad, constructores de un mundo iluminado por la fe. Amén.

### *El Celebrante*

El Señor esté con ustedes.

**R.** Y con tu espíritu.

Inclínense para recibir la bendición con la que la Iglesia concede las gracias del Año Jubilar de San José.

### *El Celebrante:*

El Señor los bendiga y los guarde,

**R.** Amén.

### *El Celebrante:*

Haga brillar su rostro sobre ustedes y os conceda su favor

**R.** Amén

### *El Celebrante:*

Vuelva su mirada a ustedes y les conceda la paz.

**R.** Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,  
Padre, Hijo y Espíritu + Santo,  
descienda sobre ustedes  
y los acompañe siempre.

### *El diácono o el Celebrante:*

Pueden ir en Paz

**R.** Demos gracias a Dios.

## 2. HORA SANTA EN HONOR DE SAN JOSÉ, EL HOMBRE DE LOS SUEÑOS

### Preparativos

1. *El Sacramento de la Eucaristía*
2. *La Custodia.*
3. *Mantel.*
4. *Corporal*
5. *Velo Humeral*
6. *Cirios para la exposición.*
7. *Cuatro cirios más para los momentos de la meditación.*
8. *La imagen de San José ubicada a un lado del altar.*

### Exposición

*Congregado el pueblo, que puede entonar algún canto, si se juzga oportuno, el ministro se acerca al altar. Si el Sacramento no está reservado en el altar en que se va a tener la exposición, el ministro, cubierto con el velo humeral, lo traslada desde el lugar de la reserva, acompañándolo algunos acólitos o algunos fieles con cirios encendidos. Póngase la custodia sobre la mesa del altar, cubierta con un mantel. Expuesto el Santísimo Sacramento, el ministro inciensa al Sacramento y se retira en silencio.*

### Monición inicial

San José es el hombre de los sueños, no un soñador<sup>1</sup>. Así lo ha dicho el Papa Francisco en repetidas ocasiones, y lo ha reiterado en la Carta Apostólica *Patris Corde*, con motivo del 150 aniversario de la Declaración de san José como Patrono de la Iglesia Universal.

En su carta apostólica, cuyo objetivo es “que crezca el amor a san José, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución”, el Santo Padre explica que, así como Dios hizo con María cuando le manifestó su Plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad.

---

<sup>1</sup> *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 12, viernes 24 de marzo de 2017.



En la víspera de la clausura del año de San José, durante esta Hora Santa, meditemos en los sueños de San José, pidiéndole que interceda por nosotros, que no perdamos “la capacidad de soñar”, esa capacidad que nos permite abrirnos al mañana “con confianza”, con audacia y con creatividad a pesar de las dificultades que pueden surgir en nuestra acción evangelizadora.

### **Canto: Pescador de hombres**

Tú has venido a la orilla,  
no has buscado ni a sabios ni a ricos,  
tan solo quieres que yo te siga.

**Señor, me has mirado a los ojos,  
sonriendo has dicho mi nombre.  
En la arena he dejado mi barca,  
junto a ti buscaré otro mar.**

Tú sabes bien lo que tengo,  
en mi barca no hay oro ni espadas,  
tan sólo redes y mi trabajo.

Tú necesitas mis manos,  
mi cansancio que a otros descansa,  
amor que quiera seguir amando.

Tú pescador de otros lagos,  
ansia eterna de almas que esperan;  
amigo bueno, que así me llamas.

## LITURGIA DE LA PALABRA

### **Lectura del Santo Evangelio Según San Mateo (1, 18-21. 24-25)**

La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en secreto. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: “José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer. Y sin haberla conocido, ella dio a luz un hijo al que puso por nombre Jesús.

### **Palabra del Señor.**



**Lector 1: PRIMER SUEÑO:** El Ángel le ayuda a resolver un dilema.

San José estaba muy angustiado por el embarazo incomprensible de María; no quería “denunciarla públicamente”, pero decidió “romper su compromiso en secreto” (Mt 1,19).

En el primer sueño el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: “No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1,20-21).

La respuesta de San José fue inmediata: “Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado” (Mt 1,24). Con la obediencia superó su drama y salvó a María.

**Lector 2:** Encendemos una luz por los afligidos.

*Momento de silencio extendido*

**Lector 1: SEGUNDO SUEÑO:** El Ángel le pide salvar la vida de Jesús.

En el segundo sueño, el Ángel ordenó a José: “Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo” (Mt 2,13).

José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar: “Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes” (Mt 2,14-15).

En Egipto, san José esperó con confianza y paciencia el aviso prometido por el Ángel para regresar a su país.

**Lector 2:** Encendemos una luz por los exiliados.

*Canto y momento de silencio extendido*



**Lector 1: TERCER SUEÑO: El Ángel le pide que vuelva a Israel.**

En un tercer sueño, el mensajero divino, después de haberle informado que los que intentaban matar al niño habían muerto, le ordenó que se levantara, que tomase consigo al niño y a su madre, y que volviera a la tierra de Israel (cf. Mt 2,19-20).

San José, una vez más, obedeció sin vacilar: “Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en la tierra de Israel” (Mt 2,21).

**Lector 2:** Encendemos una luz por los que sufren.

*Canto y momento de silencio extendido*

**Lector 1: CUARTO SUEÑO: El Ángel le advierte que vaya a la región de Galilea.**

Sin embargo, durante el viaje de regreso, “al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños —y es la cuarta vez que sucedió—, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret” (Mt 2,22-23).

**Lector 2:** Encendemos una luz por la Iglesia.

*Canto y momento de silencio extendido*

## LETANÍAS DE SAN JOSÉ

*Señor, ten misericordia de nosotros.  
Cristo, ten misericordia de nosotros.  
Señor, ten misericordia de nosotros.*

*Cristo óyenos.  
Cristo escúchanos.*

*Dios Padre celestial, ten misericordia de nosotros.  
Dios Hijo, Redentor del mundo, ten misericordia de nosotros.  
Dios Espíritu Santo, ten misericordia de nosotros.  
Santa Trinidad, un solo Dios, ten misericordia de nosotros.*

*Santa María, ruega por nosotros.  
San José, ruega por nosotros.  
Ilustre descendiente de David, ruega por nosotros.  
Luz de los Patriarcas, ruega por nosotros.  
Esposo de la Madre de Dios, ruega por nosotros.  
Custodio del Redentor, ruega por nosotros.  
Casto guardián de la Virgen, ruega por nosotros.  
Padre nutricio del Hijo de Dios, ruega por nosotros.  
Celoso defensor de Cristo, ruega por nosotros.  
Servidor de Cristo, ruega por nosotros.  
Ministro de salud, ruega por nosotros.  
Jefe de la Sagrada Familia, ruega por nosotros.  
José, justísimo, ruega por nosotros.  
José, castísimo, ruega por nosotros.  
José, prudentísimo, ruega por nosotros.  
José, valentísimo, ruega por nosotros.  
José, fidelísimo, ruega por nosotros.  
Espejo de paciencia, ruega por nosotros.  
Amante de la pobreza, ruega por nosotros.  
Modelo de trabajadores, ruega por nosotros.  
Gloria de la vida doméstica, ruega por nosotros.  
Custodio de Vírgenes, ruega por nosotros.  
Sostén de las familias, ruega por nosotros.  
Apoyo en las dificultades, ruega por nosotros.*



*Consuelo de los desgraciados, ruega por nosotros.  
Esperanza de los enfermos, ruega por nosotros.  
Patrón de los exiliados, ruega por nosotros.  
Patrón de los afligidos, ruega por nosotros.  
Patrón de los pobres, ruega por nosotros.  
Patrón de los moribundos, ruega por nosotros.  
Terror de los demonios, ruega por nosotros.  
Protector de la Santa Iglesia, ruega por nosotros.*

*Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: perdónanos, Señor.  
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: escúchanos, Señor,  
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: ten misericordia de nosotros.*

**V.** Le estableció señor de su casa.

**R.** Y jefe de toda su hacienda.

### **Oración a San José**

**La proclamamos al unísono.**

*Amado San José,  
tu que fuiste escogido por Dios  
para ser el feliz esposo de la Virgen Madre  
y padre adoptivo de Jesucristo nuestro Redentor,  
acompañanos como padre amoroso  
y amigo fiel en los caminos y trabajos que emprendemos.*

*Enséñanos a seguir las huellas de Jesús y de María como tú,  
mientras fuiste su guardián y sustento en este mundo.  
Después de María eres el más poderoso abogado ante Dios;  
intercede por nosotros que vivimos en medio de luchas  
y tentaciones aquí en la tierra.  
Enséñanos a transformar nuestras familias en hogares de Nazaret.*

*Patrono de la buena muerte,  
asístenos en la hora final  
para alcanzar la dicha de contemplar contigo a la Santísima Trinidad,  
cara a cara, en el cielo. Amén.*

**Canto: Alma misionera**

Señor, toma mi vida nueva  
Antes de que la espera  
Desgaste años en mi  
Estoy dispuesto a lo que quieras  
No importa lo que sea  
Tu llámame a servir

**Llévame donde los hombres  
Necesiten tus palabras  
Necesiten mis ganas de vivir  
Donde falte la esperanza  
Donde falte la alegría  
Simplemente por no saber de ti**

Te doy mi corazón sincero  
Para gritar sin miedo  
Tu grandeza, Señor  
Tendré mis manos sin cansancio  
Tu historia entre mis labios  
Y fuerza en la oración  
Y así en marcha iré cantando  
Por calles predicando  
Lo bello que es tu amor  
Señor tengo alma misionera  
Condúceme a la tierra  
Que tenga sed de Dios.

**Bendición**

*Hacia el final de la adoración el sacerdote o el diácono se acerca al altar, hace genuflexión y se arrodilla, y se canta un himno u otro canto eucarístico. Mientras tanto, el ministro, arrodillado, incienso el santísimo Sacramento. Luego se levanta y dice:*

**Oremos**

*Se hace una breve pausa en silencio, y el ministro prosigue:*

**Oh Dios, que en este sacramento admirable  
nos dejaste el memorial de tu Pasión,  
te pedimos nos concedas  
venerar de tal modo los sagrados misterios  
de tu Cuerpo y de tu Sangre,  
que experimentemos constantemente en nosotros  
el fruto de tu redención.  
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.**

*Todos responden*  
Amen.

*Dicha la oración el sacerdote o el diácono, tomando el humeral, hace genuflexión, toma la custodia y hace la señal de la cruz sobre el pueblo.*



## **Reserva**

*Acabada la bendición, el mismo sacerdote o diácono que dio la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión, mientras el pueblo, entona un canto adecuado, y finalmente el ministro se retira.*

### 3. SEPTENARIO: SAN JOSÉ EN EL MISTERIO DE LA REDENCIÓN

#### PRIMER DÍA: PADRE AMADO

**Introducción:** “La grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto tal, «entró en el servicio de toda la economía de la encarnación», como dice san Juan Crisóstomo” (PC, 1). Durante siete días, siguiendo la propuesta del Papa Francisco en su Carta Apostólica “con corazón de padre” (*Patris corde*) reflexionaremos sobre algunas cualidades excelsas del Santo Patriarca, para que conociendo sus virtudes podamos seguir su ejemplo y agradecer a Dios con actos concretos de humildad y caridad.

**Lectura bíblica:** Génesis 41, 53-57.

"Pasados los siete años de abundancia en Egipto, llegaron los siete años de escasez, tal como José había anunciado. Hubo hambre en todos los países, pero en todo Egipto había pan. Cuando en Egipto se sintió el hambre, el pueblo pidió pan a gritos, y Faraón decía a todos los egipcios: «Vayan donde José y hagan lo que él les diga.» Había escasez por todo el país, pero José abrió los almacenes y vendió trigo a los egipcios. Una gran hambruna assolaba todo el mundo. Como el hambre se hacía sentir más y más en todos los países, de todas partes venían a Egipto a comprar trigo a José."

**V.** Palabra de Dios

**R.** Te alabamos, Señor

**Reflexión:** *Patris corde*, 1

“Por su papel en la historia de la salvación, san José es un padre que siempre ha sido amado por el pueblo cristiano, como lo demuestra el hecho de que se le han dedicado numerosas iglesias en todo el mundo; que muchos institutos religiosos, hermandades y grupos eclesiales se inspiran en su espiritualidad y llevan su nombre; y que desde hace siglos se celebran en su honor diversas representaciones sagradas. Muchos santos y santas le tuvieron una gran devoción, entre ellos Teresa de Ávila, quien lo tomó como abogado e intercesor, encomendándose mucho a él y recibiendo todas las gracias que le pedía. Alentada por su experiencia, la santa persuadía a otros para que le fueran devotos.

En todos los libros de oraciones se encuentra alguna oración a san José. Invocaciones particulares que le son dirigidas todos los miércoles y especialmente durante todo el mes de marzo, tradicionalmente dedicado a él.

La confianza del pueblo en san José se resume en la expresión “*Ite ad Ioseph*”, que hace referencia al tiempo de hambruna en Egipto, cuando la gente le pedía pan al faraón y él les respondía: «Vayan donde José y hagan lo que él les diga» (*Gn 41,55*). Se trataba de José el hijo de Jacob, a quien sus hermanos vendieron por envidia (cf. *Gn 37,11-28*) y que —siguiendo el relato bíblico— se convirtió posteriormente en virrey de Egipto (cf. *Gn 41,41-44*).

Como descendiente de David (cf. *Mt 1,16.20*), de cuya raíz debía brotar Jesús según la promesa hecha a David por el profeta Natán (cf. *2 Sam 7*), y como esposo de María de Nazaret, san José es la pieza que une el Antiguo y el Nuevo Testamento.”

### **Preces:**

*Acudamos suplicantes a Dios Padre todopoderoso, de quien procede toda la familia del cielo y de la tierra, y digámosle suplicantes:*

#### **R. Padre nuestro que estás en los cielos, escúchanos.**

1. Padre santo, tú que en la aurora del nuevo Testamento revelaste a José el misterio mantenido en silencio desde el origen de los siglos, ayúdanos a conocer cada vez mejor a tu Hijo, verdadero Dios y verdadero hombre.
2. Padre celestial, tú que alimentas las aves del cielo y vistes la hierba del campo, concede a todos los hombres el pan de cada día para su cuerpo y el alimento de la eucaristía para su espíritu.
3. Creador del universo, tú que entregaste al hombre la obra de tus manos, haz que los trabajadores puedan disfrutar de manera digna del fruto de su trabajo.
4. Señor, tú que eres la fuente de toda la justicia y deseas que todos seamos justos, por intercesión de san José, ayúdanos a agradarte en todo.
5. Haz, Señor, que los moribundos y los que ya han muerto, obtengan tu misericordia eterna, por medio de tu Hijo, de María y de san José.

Concluamos nuestra oración con las palabras del Señor: **Padre nuestro...**

### **Oración final:**

*Salve, custodio del Redentor  
y esposo de la Virgen María.  
A ti Dios confió a su Hijo,  
en ti María depositó su confianza,  
contigo Cristo se forjó como hombre.*



*Oh, bienaventurado José,  
muéstrate padre también a nosotros  
y guíanos en el camino de la vida.  
Concédenos gracia, misericordia y valentía,  
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

## SEGUNDO DÍA: PADRE EN LA TERNURA

**Introducción:** En este segundo día del septenario de San José meditamos en su ternura paterna. Junto con María Santísima fueron instrumento del amor de Dios para traducirlo en actos concretos en beneficio de su hijo Jesús; actos que, en algunos casos, no eludieron el sufrimiento. Dice el Papa Francisco: “También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia” (PC, 2).

**Lectura bíblica:** Lucas 2, 22-23a. 33. 39-40.

“Cuando se cumplieron los días en que debían purificarse, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la Ley del Señor [...].

Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él.

Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él”.

**V.** Palabra de Dios

**R.** Te alabamos, Señor

**Reflexión:** *Patris corde*, 2.

“José vio a Jesús progresar día tras día «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (Lc 2,52). Como hizo el Señor con Israel, así él “le enseñó a caminar, y lo tomaba en sus brazos: era para él como el padre que alza a un niño hasta sus mejillas, y se inclina hacia él para darle de comer” (cf. Os 11,3-4).

Jesús vio la ternura de Dios en José: «Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen» (Sal 103,13).

En la sinagoga, durante la oración de los Salmos, José ciertamente habrá oído el eco de que el Dios de Israel es un Dios de ternura, que es bueno para todos y «su ternura alcanza a todas las criaturas» (Sal 145,9).



La historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza» (Rm 4,18) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad. Esto es lo que hace que san Pablo diga: «Para que no me engría tengo una espina clavada en el cuerpo, un emisario de Satanás que me golpea para que no me engría. Tres veces le he pedido al Señor que la aparte de mí, y él me ha dicho: “¡Te basta mi gracia!, porque mi poder se manifiesta plenamente en la debilidad”» (2 Co 12,7-9).

Si esta es la perspectiva de la economía de la salvación, debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura”.

### **Preces:**

*Acudamos suplicantes al Señor, el único que puede hacernos justos, y digámosle suplicantes:*

#### **R. Con tu justicia, Señor, danos vida.**

1. Tú, Señor, que llamaste a nuestros padres en la fe para que caminasen en tu presencia con un corazón sincero, haz que también nosotros, siguiendo sus huellas, seamos santos ante tus ojos.
2. Tú que elegiste a José, varón justo, para que cuidara de tu Hijo durante su niñez y adolescencia, haz que también nosotros nos consagremos al servicio del cuerpo de Cristo, sirviendo a nuestros hermanos.
3. Tú que entregaste la tierra a los hombres para que la llenaran y la sometieran, ayúdanos a trabajar con empeño en nuestro mundo, pero teniendo siempre nuestros ojos puestos en tu gloria.
4. No te olvides, Padre del universo, de la obra de tus manos y haz que todos los hombres, mediante su trabajo honesto, tengan una vida digna.

Porque somos miembros de la familia de Dios, nos atrevemos a decir, **Padre nuestro...**

#### **Oración final:**

*Salve, custodio del Redentor  
y esposo de la Virgen María.  
A ti Dios confió a su Hijo,  
en ti María depositó su confianza,  
contigo Cristo se forjó como hombre.*



*Oh, bienaventurado José,  
muéstrate padre también a nosotros  
y guíanos en el camino de la vida.  
Concédenos gracia, misericordia y valentía,  
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

## TERCER DÍA: PADRE EN LA OBEDIENCIA

**Introducción:** “Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad” (PC, 3). En este tercer día del septenario de San José meditemos en aquella obediencia liberadora que permitió al Santo Patriarca cumplir con alegría la voluntad de Dios.

**Lectura bíblica:** Mateo 1, 20-21. 24

“José había decidido repudiar a María en secreto cuando el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” [...]. Despertado José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer”.

**V.** Palabra de Dios

**R.** Te alabamos, Señor

**Reflexión:** *Patris corde*, 3

«José estaba muy angustiado por el embarazo incomprensible de María; no quería «denunciarla públicamente», pero decidió «romper su compromiso en secreto» (Mt 1,19). En el primer sueño el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: «No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo [...]: Con la obediencia superó su drama y salvó a María.

En el segundo sueño el ángel ordenó a José: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (Mt 2,13). José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar [...].

En Egipto, José esperó con confianza y paciencia el aviso prometido por el ángel para regresar a su país. Y cuando en un tercer sueño el mensajero divino, después de haberle informado que los que intentaban matar al niño habían muerto, le ordenó que se levantara, que tomase consigo al niño y a su madre y que volviera a la tierra de Israel (cf. Mt 2,19-20), él una vez más obedeció sin vacilar: «Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en la tierra de Israel» (Mt 2,21).

Pero durante el viaje de regreso, «al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños —y es la cuarta



vez que sucedió—, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret» (Mt 2,22-23).

[...] Todos estos acontecimientos muestran que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”».

### **Preces:**

*Imploremos la misericordia de Dios, confiando en la intercesión de San José, quien cuidó en la tierra de Jesús y María:*

#### **R. Señor, escucha nuestra oración.**

1. Señor, concédenos la verdadera transformación interior para que nuestra mente y nuestro corazón sean según tu amor.
2. Dios nuestro, enséñanos a dominar nuestras pasiones para que en todo podamos servirte sin doblez y con todo nuestro ser.
3. Dios, nuestro Señor, danos el espíritu de docilidad y humildad para que nos reconozcamos como criaturas tuyas y dejemos que tu amor obre en nosotros.
4. Dios nuestro, guíanos para que a lo largo de este día encontremos tiempo para hablar contigo y podamos ver todas las cosas desde la fe.
5. Dios nuestro Señor, haz que seamos capaces de abandonarnos totalmente en ti.

Concluyamos nuestra oración con las palabras del Señor: **Padre nuestro...**

#### **Oración final:**

*Salve, custodio del Redentor  
y esposo de la Virgen María.  
A ti Dios confió a su Hijo,  
en ti María depositó su confianza,  
contigo Cristo se forjó como hombre.*

*Oh, bienaventurado José,  
muéstrate padre también a nosotros  
y guíanos en el camino de la vida.  
Concédenos gracia, misericordia y valentía,  
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

## CUARTO DÍA: PADRE EN LA ACOGIDA

**Introducción:** En este cuarto día del septenario de San José meditemos en el corazón acogedor del Santo Patriarca: “José acogió a María sin poner condiciones previas. Confió en las palabras del ángel. «La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio»” (PC, 4).

**Lectura bíblica:** Mateo 1, 24-25.

"Cuando José se despertó, hizo lo que el Ángel del Señor le había ordenado y tomó consigo a su esposa. 25. Y sin que hubieran tenido relaciones, dio a luz un hijo, al que puso por nombre Jesús."

V. Palabra de Dios

R. Te alabamos, Señor

**Reflexión:** *Patris corde*, 4

“Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. Si no nos reconciamos con nuestra historia, ni siquiera podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones.

La vida espiritual de José no nos muestra una vía que *explica*, sino una vía que *acoge*. Sólo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un significado más profundo. Parecen hacerse eco las ardientes palabras de Job que, ante la invitación de su esposa a rebelarse contra todo el mal que le sucedía, respondió: «Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?» (*Jb 2,10*).

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia [...].

Entonces, lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelan. La fe que Cristo nos enseñó es, en cambio, la que vemos en san José, que no buscó atajos, sino que afrontó “con los ojos abiertos” lo que le acontecía, asumiendo la responsabilidad en primera persona.

La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. *1 Co 1,27*), es «padre de los huérfanos y defensor de las viudas» (*Sal 68,6*) y nos ordena amar al extranjero. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cf. *Lc 15,11-32*)”.

### **Preces:**

*Reunidos, hermanos, para celebrar las maravillas de Dios y recordando hoy especialmente al esposo de María, elevemos nuestra oración al Padre celestial en nombre de toda la familia humana*

### **R. Te rogamos, óyenos.**

1. Por la santa Iglesia de Dios: para que acepte con gozo la palabra divina, la guarde y custodie, evite que se contamine con el error, y la anuncie por medio de sus ministros, roguemos al Señor.
2. Por cuantos están dedicados a la formación de los seminaristas: para que llenos del Espíritu de Dios iluminen a los candidatos al Sagrado Orden ministerial y sostengan su fidelidad a la vocación recibida, roguemos al Señor.
3. Por todas las familias cristianas, para que vivan a la luz de la Palabra de Dios y fomenten en sus hijos e hijas la vocación cristiana, roguemos al Señor
4. Por todos los padres de familia: para que, con amor y espíritu de servicio cuiden de su familia, santificándose en su entrega paterna, roguemos al Señor.
5. Por cuantos estamos aquí reunidos: para que, libres de toda tentación y de todo pecado alcancemos el reino de los santos, roguemos al Señor

Porque somos miembros de la familia de Dios, nos atrevemos a decir, **Padre nuestro...**

### **Oración final:**

*Salve, custodio del Redentor  
y esposo de la Virgen María.  
A ti Dios confió a su Hijo,  
en ti María depositó su confianza,  
contigo Cristo se forjó como hombre.*



*Oh, bienaventurado José,  
muéstrate padre también a nosotros  
y guíanos en el camino de la vida.  
Concédenos gracia, misericordia y valentía,  
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

## QUINTO DÍA: PADRE DE LA VALENTÍA CREATIVA

**Introducción:** En este quinto día del septenario de San José meditamos en la “valentía creativa” que llevó al Santo Patriarca a convertir las dificultades en oportunidades para manifestar el amor. “De hecho, cuando nos enfrentamos a un problema podemos detenernos y bajar los brazos, o podemos ingeniárnoslas de alguna manera. A veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener” (PC, 5). Aprendamos de San José a convertir un frío pesebre en caluroso hogar.

**Lectura bíblica:** Lucas 2, 4-7.

"Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento."

**V.** Palabra de Dios

**R.** Te alabamos, Señor

**Reflexión:** *Patris corde*, 5

“La valentía creativa surge especialmente cuando encontramos dificultades.

Muchas veces, leyendo los “Evangelios de la infancia”, nos preguntamos por qué Dios no intervino directa y claramente. Pero Dios actúa a través de eventos y personas. José era el hombre por medio del cual Dios se ocupó de los comienzos de la historia de la redención. Él era el verdadero “milagro” con el que Dios salvó al Niño y a su madre. El cielo intervino confiando en la valentía creadora de este hombre, que cuando llegó a Belén y no encontró un lugar donde María pudiera dar a luz, se instaló en un establo y lo arregló hasta convertirlo en un lugar lo más acogedor posible para el Hijo de Dios que venía al mundo (cf. *Lc* 2,6-7). Ante el peligro inminente de Herodes, que quería matar al Niño, José fue alertado una vez más en un sueño para protegerlo, y en medio de la noche organizó la huida a Egipto (cf. *Mt* 2,13-14).

[...] Incluso nuestra vida parece a veces que está en manos de fuerzas superiores, pero el Evangelio nos dice que Dios siempre logra salvar lo que es importante, con la condición de que tengamos la misma valentía creativa del carpintero de Nazaret, que sabía transformar un problema en una oportunidad, anteponiendo siempre la confianza en la Providencia.



Si a veces pareciera que Dios no nos ayuda, no significa que nos haya abandonado, sino que confía en nosotros, en lo que podemos planear, inventar, encontrar.

[...] El Hijo del Todopoderoso viene al mundo asumiendo una condición de gran debilidad. Necesita de José para ser defendido, protegido, cuidado, criado. Dios confía en este hombre, del mismo modo que lo hace María, que encuentra en José no sólo al que quiere salvar su vida, sino al que siempre velará por ella y por el Niño. En este sentido, san José no puede dejar de ser el Custodio de la Iglesia, porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia, y al mismo tiempo en la maternidad de la Iglesia se manifiesta la maternidad de María. José, a la vez que continúa protegiendo a la Iglesia, sigue amparando *al Niño y a su madre*, y nosotros también, amando a la Iglesia, continuamos amando *al Niño y a su madre*".

### **Preces:**

*San José, llamado el varón justo por el mismo Espíritu Santo:*

#### **Asístenos en nuestra última hora**

*San José, angelical. Esposo de la siempre Virgen María:*

*San José, a quien el mismo Hijo de Dios llamó su padre:*

*San José, a quien el Padre celestial hizo participante de su paternidad y de su amor infinito a su eterno Unigénito:*

*San José, jefe de la Trinidad terrestre:*

*San José, padre nutricio del que alimenta a todas las criaturas:*

*San José, salvador del Salvador del mundo:*

*San José, guía de la Luz increada, aparecida a los hombres:*

*San José, director de la eterna Sabiduría venida a la tierra:*

*San José, a quien estuvo sumiso el Hijo del Todopoderoso:*

*San José, a quien sirvió la Reina de los ángeles y de los hombres:*

*San José, a quien la Trinidad deífica asoció el gran misterio de la Encarnación:*

*San José, a quien Dios confió el tesoro inmenso de Jesús y María:*

*San José, cuyos trabajos, cuyos sudores, cuya vida entera se consagró al Dios humanado y a su Madre santísima:*

*San José, príncipe de los patriarcas y el primero de todos los Santos:*

*San José, que en la gloria ocupáis un trono, cerca al de Jesús y María:*



*San José, que en el cielo ejercéis la influencia y el valimiento de un padre con su hijo, y de un esposo con su esposa:*

*San José, protector de las almas vírgenes:*

*San José, espejo del ministerio sacerdotal:*

*San José, ejemplar de la santidad del casado cristiano:*

*San José, defensor de los moribundos en su agonía:*

*San José, abogado de la humanidad en todas sus miserias y necesidades:*

Por todos estos privilegios, méritos y gracias, te pedimos Señor, que el excelso y poderosísimo San José, nos alcance imitar sus eminentes virtudes; que nos asista en las varias vicisitudes de esta vida; nos patrocine en la hora de nuestra muerte, y nos presente después en el cielo a Jesús y a María. *Amen.*

### **Padre nuestro...**

### **Oración final:**

*Salve, custodio del Redentor  
y esposo de la Virgen María.  
A ti Dios confió a su Hijo,  
en ti María depositó su confianza,  
contigo Cristo se forjó como hombre.*

*Oh, bienaventurado José,  
muéstrate padre también a nosotros  
y guíanos en el camino de la vida.  
Concédenos gracia, misericordia y valentía,  
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

## SEXTO DÍA: PADRE TRABAJADOR

**Introducción:** En este sexto día del septenario de San José meditemos en la laboriosidad del Glorioso Patriarca y confiemos en su intercesión para que siempre haya trabajo en nuestras familias y pan en nuestras mesas. “Un aspecto que caracteriza a san José es su relación con el trabajo. San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo” (PC, 6).

**Lectura bíblica:** Mateo 13, 53 – 55a.

"Y sucedió que, cuando acabó Jesús estas parábolas, partió de allí. 54. Viniendo a su patria, les enseñaba en su sinagoga, de tal manera que decían maravillados: «¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esos milagros? 55. ¿No es éste el hijo del carpintero?"

**V.** Palabra del Señor

**R.** Gloria a ti, Señor Jesús

**Reflexión:** *Patris corde*, 6

“En nuestra época actual, en la que el trabajo parece haber vuelto a representar una urgente cuestión social y el desempleo alcanza a veces niveles impresionantes, aun en aquellas naciones en las que durante décadas se ha experimentado un cierto bienestar, es necesario, con una conciencia renovada, comprender el significado del trabajo que da dignidad y del que nuestro santo es un patrono ejemplar.

El trabajo se convierte en participación en la obra misma de la salvación, en oportunidad para acelerar el advenimiento del Reino, para desarrollar las propias potencialidades y cualidades, poniéndolas al servicio de la sociedad y de la comunión. El trabajo se convierte en ocasión de realización no sólo para uno mismo, sino sobre todo para ese núcleo original de la sociedad que es la familia. Una familia que carece de trabajo está más expuesta a dificultades, tensiones, fracturas e incluso a la desesperada y desesperante tentación de la disolución. ¿Cómo podríamos hablar de dignidad humana sin comprometernos para que todos y cada uno tengan la posibilidad de un sustento digno?

La persona que trabaja, cualquiera que sea su tarea, colabora con Dios mismo, se convierte un poco en creador del mundo que nos rodea. La crisis de nuestro tiempo, que es una crisis económica, social, cultural y espiritual, puede representar para todos un llamado a redescubrir el significado, la importancia y la necesidad del trabajo para dar lugar a una nueva “normalidad” en la que nadie quede excluido. La obra de san José nos recuerda que el mismo Dios hecho hombre no desdeñó el



trabajo. La pérdida de trabajo que afecta a tantos hermanos y hermanas, y que ha aumentado en los últimos tiempos debido a la pandemia de Covid-19, debe ser un llamado a revisar nuestras prioridades. Imploramos a san José obrero para que encontremos caminos que nos lleven a decir: ¡Ningún joven, ninguna persona, ninguna familia sin trabajo!”

### **Preces:**

*Elevemos nuestras súplicas al Señor, que hace justos a los hombres:*

### **R. Danos vida con tu justicia, Señor.**

1. Tú que llamaste a nuestros padres en la fe para que caminaran en tu presencia con un corazón sincero, haz que, siguiendo sus huellas, seamos perfectos como tú nos mandas.
2. Tú que elegiste al justo José para que alimentara a tu Hijo en su infancia y juventud, haz que sirvamos en nuestros hermanos al cuerpo místico de Cristo.
3. Tú que entregaste la tierra a los hombres para que la llenaran y la sometieran, enséñanos a trabajar con denuedo en este mundo, buscando siempre tu gloria.
4. Acuérdate, Padre universal, de la obra de tus manos, da a todos trabajo, pan y una condición de vida digna.

Concluamos nuestra oración con las palabras del Señor: **Padre nuestro...**

### **Oración final:**

*Salve, custodio del Redentor  
y esposo de la Virgen María.  
A ti Dios confió a su Hijo,  
en ti María depositó su confianza,  
contigo Cristo se forjó como hombre.*

*Oh, bienaventurado José,  
muéstrate padre también a nosotros  
y guíanos en el camino de la vida.  
Concédenos gracia, misericordia y valentía,  
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

## SÉPTIMO DÍA: PADRE EN LA SOMBRA

**Introducción:** En este último día del septenario que nos prepara para la conclusión del Año de San José meditemos en su paternidad discreta pero efectiva. San José es para Jesús “la sombra del Padre celestial en la tierra: lo auxilia, lo protege, no se aparta jamás de su lado para seguir sus pasos. Así José ejerció la paternidad durante toda su vida.

Nadie nace padre, sino que se hace. Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente”. Oremos por todos los padres de familia para que reflejen el amor del Padre eterno en la tierra.

**Lectura bíblica:** Lucas 2, 42-43. 46-50

"Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres.

Y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándolos y preguntándoles; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando.» Él les dijo: «Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio."

**V.** Palabra del Señor

**R.** Gloria a ti, Señor Jesús

**Reflexión:** *Patris corde*, 7

“Ser padre significa introducir al niño en la experiencia de la vida, en la realidad. No para retenerlo, no para encarcelarlo, no para poseerlo, sino para hacerlo capaz de elegir, de ser libre, de salir. Quizás por esta razón la tradición también le ha puesto a José, junto al apelativo de padre, el de “castísimo”. No es una indicación meramente afectiva, sino la síntesis de una actitud que expresa lo contrario a poseer. La castidad está en ser libres del afán de poseer en todos los ámbitos de la vida. Sólo cuando un amor es casto es un verdadero amor. El amor que quiere poseer, al final, siempre se vuelve peligroso, aprisiona, sofoca, hace infeliz. Dios mismo amó al hombre con amor casto, dejándolo libre incluso para equivocarse y ponerse en contra suya. La lógica del amor es siempre una lógica de libertad, y José fue capaz de amar de una manera extraordinariamente libre. Nunca se puso en el centro. Supo cómo descentrarse, para poner a María y a Jesús en el centro de su vida.

La felicidad de José no está en la lógica del auto-sacrificio, sino en el don de sí mismo. Nunca se percibe en este hombre la frustración, sino sólo la confianza. Su silencio persistente no contempla quejas, sino gestos concretos de confianza. El mundo necesita padres, rechaza a los amos, es decir: rechaza a los que quieren usar la posesión del otro para llenar su propio vacío; rehúsa a los que confunden autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, confrontación con opresión, caridad con asistencialismo, fuerza con destrucción.

[...] Siempre que nos encontremos en la condición de ejercer la paternidad, debemos recordar que nunca es un ejercicio de posesión, sino un “signo” que nos evoca una paternidad superior. En cierto sentido, todos nos encontramos en la condición de José: sombra del único Padre celestial, que «hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5,45); y sombra que sigue al Hijo”.

### **Preces:**

Invoquemos a Dios, el Padre de quien toma nombre toda familia en el cielo y la tierra, diciéndole:

#### **R. Padre nuestro, que estás en los cielos, escúchanos.**

1. Padre santo, que revelaste al justo José el misterio de Cristo, mantenido en secreto durante siglos eternos, *haz que conozcamos mejor a tu Hijo, Dios y hombre.*
2. Padre celestial, que alimentas a las aves del cielo y engalanas la hierba del campo, *da a todos los hombres el pan de cada día y el pan espiritual.*
3. Creador de todas las cosas, que nos has encomendado tu obra, *concede a los trabajadores disfrutar dignamente del fruto de su trabajo.*
4. Dios de toda justicia, que quieres que los hombres sean santos, *haz que, por la intercesión de san José, recorramos nuestro camino tratando de complacerte.*
5. Concede propicio a los moribundos y difuntos, por medio de tu Hijo, con María, su madre, y san José, *alcanzar tu misericordia.*

Concluamos nuestra súplica con la oración que el mismo Señor nos enseñó: **Padre nuestro...**

#### **Oración final:**

*Salve, custodio del Redentor  
y esposo de la Virgen María.  
A ti Dios confió a su Hijo,  
en ti María depositó su confianza,  
contigo Cristo se forjó como hombre.*



*Oh, bienaventurado José,  
muéstrate padre también a nosotros  
y guíanos en el camino de la vida.  
Concédenos gracia, misericordia y valentía,  
y defiéndenos de todo mal. Amén*

## 4. RETIRO ESPIRITUAL: EL PADRE NUESTRO Y SAN JOSÉ

### RETIRO ESPIRITUAL<sup>1</sup>

#### Distribución y tiempos sugeridos:

1. Oración inicial
2. Meditación 1: El Padre Nuestro y San José – I parte
3. Trabajo personal
4. Compartir
5. Meditación 2: El Padre Nuestro y San José – II parte
6. Trabajo personal
7. Descanso
8. Hora Santa y confesiones
9. Eucaristía
10. Consagración a San José

#### 1. Oración inicial

#### Algunos elementos que pueden servir para esta oración

- Cantos de alabanza
- Acción de gracias espontánea
- Invocación al Espíritu Santo
- Texto bíblico propuesto para la Lectio Divina: Juan 15, 1-9: «Permanezcan en mi amor». Se podría intercalar un canto de meditación entre cada uno de los pasos de la Lectio Divina:
  - o **Lectio** (Se pueden destacar estos u otros elementos):
    - Personas: Jesús: Yo Soy - Vid verdadera/ Mi Padre: Viñador/ Ustedes: los sarmientos

---

<sup>1</sup> En el Decreto de la Penitenciaría Apostólica por el cual se conceden las indulgencias especiales con ocasión del Año de San José (fechado el 8 de diciembre de 2020) se lee, entre otras formas de ganar la indulgencia: «San José, auténtico hombre de fe, nos invita a redescubrir nuestra relación filial con el Padre, a renovar nuestra fidelidad a la oración, a escuchar y responder con profundo discernimiento a la voluntad de Dios. La Indulgencia plenaria se concede a aquellos que mediten durante al menos 30 minutos en el rezo del Padre Nuestro, o que participen en un retiro espiritual que incluya una meditación sobre San José». Este subsidio busca unir estos dos modos de ganar la Indulgencia.



- Acciones: cortar, fructificar, limpiar, permanecer, pedir, conseguir.
- **Meditatio:** ¿Qué me dice esta Palabra hoy, en mi situación actual?
- **Contemplatio:** Traigamos a la mente el campo donde el Viñador sembró la Vid; imaginemos este hermoso sembrado: La Vid, que es Cristo, tiene sarmientos lozanos y frondosos, pero también los tiene débiles y necesitados de poda. Imagina qué tipo de rama, de sarmiento, eres tú. Siente que el Señor está podando en tu vida todo aquello que sobra, que no te deja dar fruto para la vida eterna. Duele al cortar, pero sentirás alegría al fructificar...
- **Oratio:** Gracias Padre Dios porque Tú has sembrado este campo que es la vida: nos has llamado a la existencia, nos sacaste del polvo de la tierra y nos diste aliento divino. Sembraste entre nosotros la más preciosa Vid que es tu Hijo amado, el Salvador del mundo; lo enviaste para que pudiéramos estar más cerca de ti.  

Hoy te pido, Padre de Amor, que me ayudes a estar unido a tu Hijo Jesús; que ningún contratiempo me separe de Él; que ninguna dificultad me haga dudar de Él; que ninguna enfermedad me permita desesperar de Él. Que mi familia, mi trabajo, mis bienes, mis responsabilidades, todo lo que soy, lo que tengo, lo que hago, todo, Padre de Bondad, esté unido a tu Hijo Jesús y pueda dar verdaderos frutos de bondad, alegría, comprensión y fe...
- **Actio:** ¿Qué situación/actitud/persona de mi vida tendría el Señor que podar, cortar, para que dé verdadero fruto? (Escribir el compromiso)

- Canto y bendición final de la oración

## 2. Meditación 1: El Padre Nuestro y San José – I parte

Nos hemos reunido en esta ocasión para vivir una jornada de retiro espiritual inspirados en la vida y el ejemplo de San José, con motivo de preparar la conclusión del Año de San José convocado por el Papa Francisco para conmemorar los 150 años de la declaración de este Santo Patriarca como Patrono de la Iglesia. El 8 de diciembre de 1870 el papa Pío IX, en medio de un contexto desafortunado política y socialmente para la Iglesia, declaró a San José su patrono y auxiliador tras la solicitud que le hicieran todos los obispos participantes en el Concilio Vaticano Primero, en nombre propio y en representación de los fieles a ellos confiados. La

declaración de San José como patrono de la Iglesia surgió, pues, de la iniciativa del Pueblo de Dios al que escuchó benévola la jerarquía.

Nos serviría mucho dirigir la mirada a aquel documento de hace 150 años para conocer las motivaciones de aquella época y constatar que hoy son más que actuales. En primer lugar, el papa Pío IX presenta a quien él llama “el otro José”, el hijo del patriarca Jacob, como símbolo anticipatorio o prefiguración de San José. La historia de aquel José la conocemos por el libro del Génesis desde el capítulo 37 hasta el capítulo 50; abarca, propiamente, la mitad del libro del Génesis y se configura como una historia que explica el origen de la esclavitud del pueblo de Israel en Egipto y su posterior liberación a través del que ha sido considerado “padre de la patria”, es decir, Moisés. Entonces, el papa Pío IX explica que así como José, el gobernador de Egipto, fue constituido por Dios sustento para su pueblo en un determinado momento de la historia, asimismo San José entró al proyecto de salvación cuando el Padre Eterno dispuso enviar a su Hijo Unigénito para la salvación del mundo constituyéndolo padre, “señor y príncipe de su casa y de su posesión y lo eligió como custodio de sus tesoros más preciosos”.<sup>2</sup>

En esta primera declaración ya encontramos que San José fue constituido en dos sublimes oficios: primero, representar la figura paterna, tan esencial como la materna para la conformación de una familia, cumpliendo con los oficios y servicios de un padre dedicado y decidido por su hogar, y, segundo, custodiar los “tesoros más preciosos” del Padre Eterno, estos son: Nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen María.

Busquemos ahora en nuestras biblias el evangelio de San Mateo capítulo 13, versículos 16 y 17: *“¡Pero dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos porque oyen! Os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís pero no lo oyeron”*. Pensemos ahora en que esas palabras de Cristo el Señor parecieran estar destinadas en primer lugar a San José y a la Santísima Virgen María; por supuesto, el Señor las dirige a sus discípulos cuando explica la razón por la cual habla a la gente con parábolas; estaba subido en una barca, a la orilla del mar de Galilea: allí Jesús les hace ver esta bienaventuranza; era un momento de su vida pública. Pero, ¿su vida privada? ¿De cuántas cosas no fueron testigos San José y la Santísima Virgen en la intimidad del hogar? El papa Pío IX continúa, por ello, expresando en el decreto ya señalado: “Al que tantos reyes y profetas anhelaron contemplar, este José no solamente lo vio sino que conversó con él, lo abrazó, lo besó con afecto paternal y con cuidado solícito alimentó al que el pueblo fiel comería como Pan bajado del cielo para la vida eterna”.

Detallemos aquellos verbos: San José conversó con Jesús, lo abrazó, lo besó paternalmente, lo alimentó, se preocupó por él, lo custodió como tesoro. Un detalle de lo que expresa aquel pontífice es importante destacar: “alimentó al que el pueblo fiel comería como Pan bajado del cielo para la vida eterna”. San José cumplió con su

---

<sup>2</sup> Pío IX, Decreto *Quemadmodum Deus* (8 de diciembre de 1870).



deber y en el ejercicio de su responsabilidad estaba haciendo posible el sano crecimiento del Hijo de Dios: un niño fuerte, bien alimentado, bien amado, bien cuidado. Ese mismo niño que alimentó San José es a quien ahora adoramos en la Eucaristía; es el verdadero Dios y el verdadero Hombre al que amamos y ofrecemos nuestra alabanza. ¡Bendito sea San José por ser padre nutricio!

Por estas razones el papa Pío IX exclama que “Dios confirió a su siervo bueno y fidelísimo, la Iglesia, después de a su esposa, la Virgen Madre de Dios” y que por ello mismo siempre se le ha venerado con sumos honores y alabanzas implorando su intercesión en momentos de angustia. Por lo cual “conmovido por la luctuosa situación en estos tiempos, para ponerse a sí mismo y a todos los fieles bajo el poderosísimo patrocinio del santo patriarca José solemnemente lo declaró Patrono de la Iglesia Católica”.

Realizar este retiro pensando en San José nos ayuda a lograr varios objetivos. El prefacio de los santos que se proclama en la Eucaristía nos da luces sobre las gracias que podemos lograr al contemplar la vida de todos los santos pero, sobre todo, de nuestro Patriarca. Dirigiéndose a Dios Padre, el sacerdote dice:

“Tú nos ofreces el **ejemplo** de sus vidas,  
la ayuda de su **intercesión**  
y la **participación** en su destino”.

En San José descubrimos una vida ejemplar como ninguna otra, una intercesión sin igual y la evidencia de que podemos participar en su destino, es decir, llegar al cielo. A propósito, el Papa Francisco en su Carta Apostólica *Patris Corde* (7) ha escrito: «El objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución». En cuanto a su poderosa intercesión vendría muy bien en este momento el testimonio de Santa Teresa de Jesús (1515-1582) llamada también Santa Teresa de Ávila, la reformadora del Carmelo. Como buena escritora que era redactó una de las primeras exaltaciones a la poderosa intercesión del Santo Patriarca; en “El libro de la vida”, capítulo 6, parágrafo 6, se expresa así:

*«[...] Comencé a hacer devociones de misas y cosas muy aprobadas de oraciones [...]. Y tomé por abogado y señor al glorioso San José y encomendéme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta<sup>3</sup> las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad, a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas y que quiere*

<sup>3</sup> “Es cosa que espanta” expresión castiza; entiéndase como “son admirables”.



*el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en la tierra que como tenía el nombre de padre, siendo ayo,<sup>4</sup> le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide».*

Aprovechemos, entonces, esta ocasión para incentivar aún más nuestro afecto a San José, gran socorredor en todas las necesidades que tengamos como lo acabamos de escuchar de labios de Santa Teresa. Este retiro es, además, una manera de ganar la Indulgencia plenaria en este año de San José. El Papa Francisco, a través de la Penitenciaría Apostólica, ha determinado que este año el don de la Indulgencia puede conseguirse de varias formas, entre ellas, la meditación de treinta minutos sobre el Padre Nuestro, o un retiro con al menos una meditación sobre San José, o una obra de misericordia, especialmente si es corporal, o el rezo del Santo Rosario en familia e incluso entre novios, o una oración a San José Obrero especialmente para quienes buscan trabajo y para que quienes lo tienen lo cumplan con dignidad, o rezar las letanías de San José u otras oraciones y actos de piedad al Patriarca aprobados por la Iglesia.

Especialmente, la Penitenciaría Apostólica sugiere ganar la Indulgencia el miércoles de cada semana o el día 19 de cada mes; pero cualquier día podría obtenerse siempre y cuando se cumpla, además de alguno de estos actos ya descritos, con las tres condiciones fijas: confesarse, comulgar y orar por las intenciones del Santo Padre. Estas tres condiciones pueden realizarse hasta quince días antes o después de realizar la obra de piedad, de caridad o de religión. Por ejemplo, con la meditación que haremos sobre el Padre Nuestro podremos ganar la Indulgencia Plenaria pero si no se han confesado pueden hacerlo hasta quince días después de este día; teniendo un firme propósito de enmendar la vida, de continuar en el proceso de conversión, ofrecen después la comunión eucarística y la oración por las intenciones del Santo Padre. Recuerden que la Indulgencia se aplica en beneficio de la misma persona que cumple las condiciones o por los fieles difuntos pero no se puede obtener para aplicarla a una tercera persona que esté viva.

*(Nota: Si el predicador lo juzga conveniente y si el tiempo es oportuno, podría en este momento dar la explicación sobre el don de la Indulgencia que aparece como anexo 3 al final de este subsidio de retiro)*

Sin más preámbulos, vamos ahora al tema central de esta primera meditación: El Padre Nuestro y San José. Sabemos que el Padre Nuestro ha sido llamado, también, la *Oración dominical*, es decir, la “oración del Señor” porque salió de la boca del Hijo de Dios, el Señor Jesucristo, *Dominus*, de donde viene la palabra Domingo. Esta oración fundamental para el cristiano tiene siete peticiones; por cada petición reflexionaremos en una virtud de San José. Meditaremos con base en el Catecismo de la Iglesia Católica, algunos documentos pontificios y la Palabra de Dios.

El Padre Nuestro, como nos lo enseña el Catecismo de la Iglesia Católica (numerales 2.777 y siguientes), inicia con una afirmación fundamental y continúa con siete

---

<sup>4</sup> Ayo se llamó en Castilla a los tutores de los niños en las casas de los nobles.

peticiones. Leamos el evangelio de San Mateo, capítulo 6, versículos del 9 al 13 (*leer el texto*). Como pudimos apreciar, la afirmación básica e inicial es:

### **“Padre Nuestro que estás en los cielos”.**

¿Alguna vez nos hemos detenido a pensar en que las experiencias humanas influyen directamente en la percepción de las experiencias divinas? Seguramente sí lo hemos hecho; hoy en día es más evidente que la crisis de la figura paterna, desde el padre ausente hasta el padre violento, ha desencadenado la desfiguración de su identidad ocasionando lo que sociológicamente se llama el “eclipse del padre”. Podríamos hacer un ejercicio en este mismo momento; cada uno podría hacerse la pregunta: ¿qué recuerdo tengo de mi padre? (*Podría invitarse a escribir tres palabras que lleguen a la mente*). No faltarán historias placenteras de padres responsables y cumplidores de su obligación paterna con amor; no faltarán, también, las historias tristes que ocasionaron recuerdos que aún siguen siendo heridas y que es necesario sanar.

La experiencia de Jesús con su Padre Dios tuvo una primera etapa: la que estudia la teología inmanente; es decir, el Hijo de Dios desde toda la eternidad ha estado junto al Padre; es la relación entre el Padre que ama y el Hijo amado en la unidad del Amor, que es el Espíritu Santo. No existe ni siquiera un solo momento en el que el Padre no haya sido Padre, estando con el Hijo en el Amor; asimismo, no existe un instante en el que el Hijo no haya sido Hijo en el Amor del Padre: es lo que en teología solemos llamar la *generación eterna* del Hijo de Dios. Así pues, siendo Jesucristo verdadero Dios, como es, también, verdadero hombre, entonces esa experiencia del Amor entre el Padre y el Hijo es su propia experiencia y hace parte de lo que en teología se llama la ciencia infusa. Por este motivo, cuando Jesús adolescente toma la iniciativa de quedarse en el Templo, sin avisar a sus padres, les dice: «¿Acaso no sabían que debía estar en la casa de mi Padre?» (Lucas 2, 49).

Y es que la reprensión a Jesús por parte de sus padres: «*Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?*» (Lucas 2, 48) termina en un llamado de atención de Jesús a ellos; no un regaño, sino un “llamado a la memoria”. A José y a María Jesús les recuerda que debían saber el lugar donde se encontraba; habían estado en el Templo; todos se habían marchado después de la visita ritual mientras él había permanecido allí; ese *¿acaso no sabían?* es un *memento* como diciéndoles: ustedes que recibieron los anuncios angélicos, ustedes, mis padres, que saben mi origen y mi procedencia, ¿por qué dejaron de último lugar el que debía ser el primero para buscarme durante tres días?, ¿acaso no sabían? ¡Sí que lo sabían! ¡Y con creces! Sin embargo, el Evangelio anota que “no comprendieron la respuesta que les dio”.

Meditando en la relación entre Jesús y el Padre Eterno podemos desentrañar muchos rasgos: fue una relación íntima, de mucha confianza, de sinceridad, de apertura del corazón a través de la sensatez pero, sobre todo, de sometimiento en la obediencia; Jesús ora en la noche de Getsemaní, en el Huerto de los Olivos: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz, pero que no sea como yo quiero sino

como quieres tú» (Mateo 26, 39). La sumisión de Cristo al Padre es la misma que meditamos con respecto a que el Padre Dios es la fuente de la Divinidad y el Hijo es generado eternamente; no es un subordinacionismo como aquella herejía arriana condenada en el siglo cuarto; se trata, más bien, de un reconocimiento y una distinción de las personas divinas en la misma unidad de su naturaleza.

Pero Cristo Jesús, quien ha sido enviado por el Padre para que nosotros tengamos sus mismos sentimientos (cf. Filipenses 2, 5), mostrándonos así el camino para llegar a la Casa del Padre, vivió también la sumisión con sus padres en la tierra en su casa de Nazaret porque, como escribe el autor de la carta a los Hebreos, «no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, ya que ha sido probado en todo como nosotros, excepto en el pecado» (Hebreos 4, 15). Cristo debía conocer, entonces, la sujeción, la obediencia humana a los padres, debía ser ejemplo también cumpliendo el cuarto mandamiento que, como recuerda san Pablo a los Efesios, es el primero que trae consigo una promesa: cúmplolo «Para que seas feliz y se prolongue tu vida sobre la tierra» (Efesios 6, 3). Cristo es el primogénito incluso de esta promesa del decálogo: nos comparte la alegría de la Salvación y su presencia en la tierra no tiene fin, recordemos que él ha dicho: «estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo» (Mateo 28, 20).

La favorable experiencia paterna terrena, desde el momento de la Encarnación del Hijo de Dios, permitió que se hiciera más evidente la profunda relación de Jesús con Dios Padre: El Hijo de José se acoge a la voluntad del Padre Eterno y el Hijo del Padre Dios se somete a la voluntad del padre terreno: Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre.

Continuemos con el relato de San Lucas ya que consciente el pequeño Jesús de su identidad como Hijo de Dios, sin embargo, el evangelista nos refiere que «bajó a Nazaret junto con sus padres viviendo sujeto a ellos... y crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lucas 2, 52). Aquella sujeción a sus padres hace parte de la segunda etapa de la experiencia de paternidad que tuvo el Señor; es decir, la vivencia de la relación paterno-filial con José.

Ya sabemos que la expresión usada por el Señor para llamar a Dios Padre fue *Abbá* (papá) que es una de las primeras palabras del niño judío apenas balbuceante junto con la palabra *Imma* (mamá); una expresión de confianza, de seguridad, de serenidad e intimidad del hogar. Busquemos, por ejemplo, el evangelio de Mateo, capítulo 6; leamos los versículos 5 y 6 (*leer el texto...*). Al leerlo, nos damos cuenta del íntimo ambiente en el que Jesús recomienda se haga oración: “*entra en tu aposento, cierra la puerta, ora a tu Padre que está allí en lo secreto (...)*”. Enseguida, el Señor recomienda que no hay que decir muchas palabras sino que la oración debe ser sencilla y concreta.

La oración fue uno de los pilares fundamentales de la vida de Jesús; gracias a esta conocemos el modo como se relacionaba el Hijo de Dios con su Padre Eterno: vemos tonos de confianza, de sumisión a su voluntad, de intimidad. Esos rasgos de la vida



espiritual íntima de Cristo con el Padre Dios se gestaron en su naturaleza humana como consecuencia de la cercanía del padre José. El Niño Jesús dijo por primera vez la palabra “abbá” a su padre adoptivo; es decir, la boca del divino infante exclamó por primera vez “abbá” en la intimidad de su hogar, cuando pudo balbucear, viendo el rostro familiar, cálido y acogedor de San José. Ese padre legal, elegido por Dios como instrumento de paternidad real, a semejanza de la paternidad divina, fue el medio por el cual Dios Padre mostró en la tierra su cercanía amorosa a su Hijo Divino.

En el ámbito espiritual también San José y la Santísima Virgen enseñaron al Niño no solo las actitudes del hombre orante sino que le enseñaron el arte de la oración misma. Con San José el Niño leyó los libros de la Ley y los Profetas; con San José relejeron las profecías que de Él mismo hablaban; con San José, como compañero de oración, se dirigieron a Dios Padre diariamente a través de la recitación de los Salmos. El Padre Dios, con San José y gracias a su papel instrumental, cumple su tarea de asistir al Hijo Amado; escribe el Papa Francisco en *Patris Corde* (7) que San José «para Jesús es la sombra del Padre celestial en la tierra: lo auxilia, lo protege, no se aparta jamás de su lado para seguir sus pasos».

Decía Santo Tomás de Aquino que “las palabras convencen pero los ejemplos arrastran”. Así pues, en el hombre Jesús vemos también manifestadas las actitudes de valentía, de tenacidad, de trabajo incansable y decidido de su padre a quien ayudó en el taller de Nazaret. Desde Niño, Jesús vio a un padre trabajador, comprometido con su hogar, amoroso y dedicado; esas actitudes forjaron en él un espíritu valiente pero no indiferente, viril pero respetuoso hacia las mujeres, fuerte pero sensible a las necesidades de los demás. Podríamos decir que San José no fue una “figura paterna” sino una “realidad paterna”.

Meditemos ahora en las tres primeras peticiones del Padre Nuestro: al Padre “nuestro”, al Padre de todos, que está en el Cielo, le pedimos:

**Santificado sea tu nombre;  
venga a nosotros tu Reino;  
hágase tu voluntad.**

#### **1. “Santificado sea tu nombre”: contemplamos la vida santa de José**

En primer lugar, en San José el Nombre de Dios es santificado a través de sus virtudes. Sabemos que esta petición hace referencia no a que el Nombre de Dios gane santidad por nosotros sino a que nosotros lo tratemos de manera santa. Dice el Catecismo de la Iglesia Católica (No. 2807): «Pedirle que su Nombre sea santificado nos implica en “el benévolo designio que Él se propuso de antemano” (*Ef* 1, 9) para que nosotros seamos “santos e inmaculados en su presencia, en el amor” (*Ef* 1, 4)». Así pues, la santidad de vida de San José es santificación del Nombre de Dios porque existe una profunda coherencia entre la santidad de Dios y la vida santa de nuestro

Patriarca: aquellas palabras de Jesús: “Sed santos como vuestro Padre celestial es Santo” (Mateo 5, 48) son invitación a santificar con nuestra vida el Nombre de Dios.

San Pedro Crisólogo nos da una clave de interpretación al respecto cuando expresa que «Pedimos a Dios santificar su Nombre porque Él salva y santifica a toda la creación por medio de la santidad. [...] Se trata del Nombre que da la salvación al mundo perdido, pero nosotros pedimos que este Nombre de Dios sea santificado en nosotros *por nuestra vida*. Porque si nosotros vivimos bien, el nombre divino es bendecido; pero si vivimos mal, es blasfemado, según las palabras del apóstol: “el nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones” (Rm 2, 24; Ez 36, 20-22). Por tanto, rogamus para merecer tener en nuestras almas tanta santidad como santo es el nombre de nuestro Dios» (San Pedro Crisólogo, *Sermo* 71, 4).

José santificó en su vida el Nombre de Dios y buscó configurarse con la santidad divina; lo hizo de una manera única y por ello en la plegaria de consagración que rezamos en el Rosario de San José decimos: “Oh San José, padre adoptivo de Jesús y también **padre nuestro**”. Las minúsculas con las que escribimos que San José es “padre nuestro” nos dan a entender que su paternidad universal es participada: Dios es Padre Nuestro, con mayúsculas, porque es Nuestro Creador y San José es padre nuestro porque es ejemplo y demostración de la paternidad de Dios. En el Triduo a San José, del Hermano Agustín del Sagrado Corazón se lee: “Oh Jesús, dame al justo José por padre, como me diste a María por madre; pon en mi corazón la devoción, la confianza, el amor de un hijo hacia este Santo Patriarca”.

## 2. “Venga a nosotros tu Reino”: meditamos la sencillez de San José

También pedimos a Dios: “Venga a nosotros tu Reino”. San José tuvo en sus brazos el Reino de Dios; es decir, la persona de Jesucristo; recordemos que cuando algunos fariseos le preguntaron a Jesús sobre cuándo llegaría el Reino de Dios él les respondió: “La venida del Reino de Dios no se producirá aparatosamente, ni se dirá “vedlo aquí o allá”, porque, mirad, el Reino de Dios ya está entre vosotros”; así pues, al abrazar al Hijo de Dios José abrazó el “Reino de la justicia, de la paz y del gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14, 17).

Cuando San Mateo habla de José, esposo de María, dice, en primer lugar, que “era justo”; esto nos indica que era un hombre cumplidor de la ley; a pesar de ello, José practica una justicia que no aplica la ley por la ley – si esto hubiera sucedido, ¡María Santísima hubiera terminado lapidada a causa de su embarazo! –. La justicia del Reino de Dios es la ley del amor y San José la practicó en el silencio, porque el Reino de Dios no viene aparatosamente; decía Jesús: ¡Cuidense de no practicar su justicia delante de los hombres” (Mateo 6, 1). Por ello el Señor predicó siempre con sus parábolas que el Reino era como un grano de mostaza, la semilla pequeña; como la levadura en la masa, el fermento invisible; el tesoro escondido como riqueza en penumbra; la red que saca indistintamente a todos los peces cumpliendo cabalmente su trabajo (cf. Lucas 13).

San Cirilo de Jerusalén decía: «Solo un corazón puro puede decir con seguridad: “¡Venga a nosotros tu Reino!” [...]. El que se conserva puro en sus acciones, sus pensamientos y sus palabras, puede decir a Dios: “¡Venga tu Reino!”» (*Catecheses mystagogicae* 5, 13). San José, entonces, con su corazón puro pudo repetir con seguridad: “¡Venga a nosotros tu Reino!”. Es más, a través de San José, el Reino de Dios, que es Jesucristo, puede llegar a nosotros; el Reino de Dios alcanza el corazón del hombre y de la mujer a través de instrumentos de su amor; San José nos trae a Jesús, nos pone el Reino de Dios ante nuestros ojos, nos presenta a su hijo como el Reino de Dios en persona.

### **3. “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”: contemplamos la obediencia de San José**

Entre los rasgos que comúnmente más destacamos en San José es el sometimiento indiscutible a la voluntad de Dios. Solo una persona que pone a Dios por delante de sus intereses es capaz de obrar como obró José; sabía que su protagonismo era vicario; es decir, los verdaderos protagonistas eran el Padre Eterno, su Hijo Jesucristo, su Madre Inmaculada. Anteponer la voluntad de Dios y ponerse al margen de la historia terrena de Cristo lo convirtió a él, también, en protagonista de la Historia de la Salvación.

Esta obediencia reverencial, este acatamiento humilde se volvió paradigmático porque fue el mismo que asumió Jesús. Ya comentábamos, hace un momento, que el Señor Jesús supo también someterse a la formación de sus padres; en consecuencia cuando Cristo expresa que quiere que se cumpla la voluntad del Padre es porque también fue consciente de que su padre legal hizo lo mismo: reconocer la voluntad de Dios es asimilar que Él tiene un modo concreto de hacer las cosas siempre mirando nuestro bien aun cuando nuestros planes no coincidan con los que tiene Dios para nosotros. Por algo el Señor nos mandó a decir por medio de Isaías (58, 9): «Mis pensamientos no son sus pensamientos; mis caminos no son sus caminos».

### **3. Meditación personal**

Tomar el texto de Mateo 1, 20:

«Así lo tenía planeado [...]». El texto hace referencia al plan que tenía José de repudiar a María su mujer, en secreto, por resultar en cinta.

- En el presente: ¿Qué planes tienes para tu vida?, ¿Y si el Señor te indicara otro plan distinto al trazado, ¿cómo lo asumirías?
- En el futuro: ¿Te sientes disponible para cumplir la voluntad de Dios como San José?, ¿Qué actitudes de nuestro Santo Patriarca deberías incentivar en tu vida?
- En el pasado: ¿Con el paso del tiempo has entendido mejor algún plan personal que no fue posible realizar o alguna circunstancia que resultó adversa en tu vida?, ¿Descubriste la voluntad de Dios en ese acontecimiento

o tendrías que pedir perdón al Señor por renegar de su plan de salvación para ti?

#### **4. Compartir en grupo las respuestas del trabajo personal o compartir algún testimonio sobre el tema**

### **5. Meditación 2: El Padre Nuestro y San José – II parte**

Después de aquellas primeras tres peticiones que meditamos en la primera parte de este retiro ahora nos adentramos en el segundo grupo de súplicas del Padre Nuestro. Los invito a que leamos nuevamente el evangelio de San Mateo, capítulo 6, versículos del 9 al 13. Al respecto, explica el Catecismo de la Iglesia Católica: «El primer grupo de peticiones nos lleva hacia Él, para Él: *¡tu Nombre, tu Reino, tu Voluntad!* Lo propio del amor es pensar primeramente en Aquel que amamos» (No. 2804). «El segundo grupo de peticiones [...] son la ofrenda de nuestra esperanza y atrae la mirada del Padre de las misericordias. Brota de nosotros y nos afecta ya ahora, en este mundo: *danos, perdónanos, no nos dejes, líbranos*» (No. 2805).

Para este momento vamos a meditar en cada una de estas cuatro peticiones elevadas al Padre Dios y a dirigir la mirada a San José quien como padre de Jesús nos puede iluminar el camino de los hijos que buscan al Padre Eterno. En su carta apostólica *Patris Corde*, traducido al español, *Con corazón de Padre*, el Papa Francisco nos señala algunas cualidades del glorioso Patriarca; vamos a aludir a ellas en cada una de las cuatro segundas peticiones:

#### **1. «Danos hoy nuestro pan de cada día»: contemplemos a San José el trabajador, imagen del Padre Dios providente.**

Imaginemos a San José iniciando su jornada diaria; su laboriosidad lo lleva a vencer la comodidad del descanso para ponerse en pie y comenzar el trabajo. Tiene una gran responsabilidad: ser el padre nutricio del Hijo del Padre Creador. La alimentación es un momento importante para el pueblo judío: el pan, el sustento material, se convierte en vida; lo que comemos nos sostiene; la celebración de la vida por ello se hace en el contexto de la mesa, frugal o abundante, siempre el alimento será sinónimo de vida, de alegría, de satisfacción.

El papa León XIII expresó en su famosa encíclica dedicada a San José: «Él se dedicó con gran amor y diaria solicitud a proteger a su esposa y al Divino Niño; regularmente por medio de su trabajo consiguió lo que era necesario para la alimentación y el vestido de ambos; cuidó al Niño de la muerte cuando era amenazado por los celos de un monarca, y le encontró un refugio; en las miserias del viaje y en la amargura del exilio fue siempre la compañía, la ayuda y el apoyo de la



Virgen y de Jesús. Ahora bien, el divino hogar que José dirigía con la autoridad de un padre, contenía dentro de sí a la apenas naciente Iglesia»<sup>5</sup>.

En San José y en la Santísima Virgen María reconocemos que los padres de familia son instrumentos del amor providente de Dios; de allí la gran responsabilidad de los progenitores para responder a esta misión con todas las cualidades que sean reflejo de la Divina Providencia. Dice el Catecismo: «El Padre que nos da la vida no puede dejar de darnos el alimento necesario para ella, todos los bienes convenientes, materiales y espirituales» (No. 2830). Así pues, pidiendo el pan, un alimento tan humilde que se sirve en la mesa del rico y del pobre, estamos pidiendo todo lo que conviene a nuestro sustento: no solo el pan material sino también el pan espiritual. Continúa el Catecismo: «En el Sermón de la Montaña, Jesús insiste en esta confianza filial que coopera con la Providencia de nuestro Padre (cf *Mt* 6, 25-34). No nos impone ninguna pasividad (cf. *2 Ts* 3, 6-13) sino que quiere librarnos de toda inquietud agobiante y de toda preocupación. Así es el abandono filial de los hijos de Dios».

Dirigiendo nuestra mirada a San José, nos dice el Papa Francisco, que «era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo» (Patris corde, 6). Así es como la Divina Providencia que nos da la vida y los medios para sostenernos tiene en cuenta también nuestro empeño y trabajo de modo que es Dios quien hace prósperas las obras de nuestras manos, como lo dice el salmo 90 (89), 17, pero no al margen de nuestros esfuerzos.

Valor, dignidad y alegría son tres palabras que utiliza el Papa para describir lo que significa comer el pan con el sudor de la propia frente; Jesús aprendió esto de San José, como lo deja en claro el pontífice; convendría mucho que a esta altura pensáramos en estas tres palabras con respecto a nuestros oficios, trabajos y obligaciones porque el pan que Dios pone en nuestra mesa es el pan de nuestro valor, dignidad y alegría. Como gran intercesor que es, pidamos a San José el valor y la fortaleza necesarias para vencer cualquier distracción, antipatía, pereza en el cumplimiento de nuestras labores; la tenacidad del espíritu al sembrar es recompensada por el Señor cuando vamos a recoger la cosecha.

Segundo, el trabajo, dice el papa León XIII, «no tiene en sí nada de vergonzoso, y el trabajo del obrero no sólo no es deshonesto, sino que, si lleva unida a sí la virtud, puede ser singularmente ennoblecido. José, contento con sus pocas posesiones, pasó las pruebas que acompañan a una fortuna tan escasa, con magnanimidad, imitando a su Hijo, quien habiendo tomado la forma de siervo, siendo el Señor de la vida, se sometió a sí mismo por su propia libre voluntad al despojo y la pérdida de todo».<sup>6</sup> Jesús trabajó en el taller de su padre y ganó el pan con el sudor de su frente y de su arte; pero también, durante tres años, específicamente, trabajó “en la pastoral”,

<sup>5</sup> León XIII, *Quamquam pluries*, 3 (15 de agosto de 1889).

<sup>6</sup> *Quamquam pluries*, 4.



anunció el Reino, pasó por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal como lo dijo Pedro en la casa de Cornelio, según nos lo cuentan los Hechos de los Apóstoles (Hechos 10, 38). Y en este trabajo pastoral Jesús dio todo de sí para hacer digno el oficio de la misma manera como había dignificado el trabajo material; en una y otra labor el obrero merece su salario, su sustento, como lo dice el Evangelio en Mateo 10, 10.

Finalmente, en esta primera parte, la alegría: el trabajo tiene una connotación especial cuando se ejerce con gozo, con satisfacción del corazón. Sabemos que muchas personas, hoy en día, por diversas circunstancias, deben asumir trabajos que no les satisfacen, sino que son una dura prueba, una carga desagradable: desde quienes deben emplearse en un puesto de trabajo por el simple hecho de no morir de hambre hasta el oficio de servir el alimento a un familiar ingrato que no nos valora. Incluso en esas circunstancias deberíamos pedirle a San José que nos ayude a descubrir así sea una pequeña luz de gozo en medio de la insatisfacción del corazón.

## **2. Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden: contemplemos a “San José padre de la valentía creativa”.**

Me parece muy oportuno que cuando el Papa Francisco desarrolla el tema de San José como padre de la valentía creativa inicia anotando que la primera etapa de toda verdadera sanación interior es «acoger la propia historia, es decir, hacer espacio dentro de nosotros mismos incluso para lo que no hemos elegido en nuestra vida». Es verdad, ninguno ha elegido en su vida el camino del odio o del resentimiento; nadie se levanta diciendo: “hoy quiero encontrarme una persona para volverla mi enemiga”.

Acoger la propia historia es necesariamente un proceso de reconciliación consigo mismo: ninguna historia personal es iluminada, llana y recta completamente; nuestras historias están llenas de luces y sombras, de abismos y montes, de vericuetos y encrucijadas. La indicada sanación interior es una curación, en primer lugar, de nuestro pasado para que los acontecimientos tristes o fatídicos, las circunstancias adversas y las personas que nos han ofendido o tratado mal no sean percibidas como una desgracia sino como parte integral de nuestra historia personal de salvación. La historia no podemos cambiarla; está conformada por ambientes, acontecimientos y personas “inmóviles”, han creado recuerdos fijos; pero la valentía creativa, de la que hace gala San José, nos ayuda a desplazar la mirada del pasado al presente: si no puedo cambiar los acontecimientos de mi historia sí puedo cambiar el modo como interpreto mi historia.

La interpretación creativa de los acontecimientos adversos es lo que la psicología actual llama resiliencia, que es la capacidad de la persona para superar circunstancias adversas; sin lugar a dudas podríamos afirmar que el gran resiliente de todos los tiempos ha sido San José. El Papa Francisco explica mejor cuando dice en *Patris corde*, 5:

«Muchas veces, leyendo los “Evangelios de la infancia”, nos preguntamos por qué Dios no intervino directa y claramente. Pero Dios actúa a través de eventos y personas. José era el hombre por medio del cual Dios se ocupó de los comienzos de la historia de la redención. Él era el verdadero “milagro” con el que Dios salvó al Niño y a su madre. El cielo intervino confiando en la valentía creadora de este hombre, que cuando llegó a Belén y no encontró un lugar donde María pudiera dar a luz, se instaló en un establo y lo arregló hasta convertirlo en un lugar lo más acogedor posible para el Hijo de Dios que venía al mundo (cf. *Lc* 2,6-7). Ante el peligro inminente de Herodes, que quería matar al Niño, José fue alertado una vez más en un sueño para protegerlo, y en medio de la noche organizó la huida a Egipto (cf. *Mt* 2,13-14)».

La explicación del Papa es paradigmática: San José, como padre de familia, encuentra una oportunidad a partir del rechazo en las distintas posadas de Belén: un establo, que cualquiera diría que es únicamente el lugar para que los animales vivan es convertido por San José en la morada del Hijo de Dios; María, preparando el nacimiento de su amado hijo, deja que San José adecúe la cuna, mueva los aperos, encierre un poco el lugar para protegerse del viento, encienda el fuego, consiga algo de alimento y agua. San Vicente de Paúl tenía una frase que cae muy bien con esta dimensión de la valentía creativa: «El amor es inventivo hasta el infinito». Y así es; solo por amor supo San José hacer de aquel establo una morada acogedora para Aquel por quien habían sido creadas todas las cosas (cf. Colosenses 1, 16). San José ofrece una casa particular, un hogar cálido, al Creador de la casa común.

Concluamos con el Papa: «Incluso nuestra vida parece a veces que está en manos de fuerzas superiores, pero el Evangelio nos dice que Dios siempre logra salvar lo que es importante, con la condición de que tengamos la misma valentía creativa del carpintero de Nazaret, que sabía transformar un problema en una oportunidad, anteponiendo siempre la confianza en la Providencia». Apliquemos, pues, esta valentía creativa al proceso de sanación interior; el Señor Jesús nos indicó el primer paso: orar por quienes nos persiguen; orar por su conversión, orar para que reconozcan su error y lo enmienden; orar para desearles lo mejor: ¡bendiciones! porque si bendices, el Señor te bendecirá, si perdonas, el Señor te perdonará, si maldices, el Señor no te maldecirá, pero sí te perderás las gracias y bendiciones del corazón humilde que es capaz de orar por quienes lo han ofendido. Y en el sentido nuestro, “autorreferencial”, por decirlo de alguna manera, orar para que nunca nuestras acciones sean ofensivas, cuidar nuestras palabras y gestos para que no vayan a ser interpretados como una afrenta contra alguien. Con frecuencia pedimos por quienes nos ofenden, pero a veces no tenemos en cuenta que podemos ser nosotros los ofensores.

### **3. No nos dejes caer en la tentación: contemplemos a San José, padre en la acogida**

El Catecismo de la Iglesia Católica nos indica: «El Espíritu Santo nos hace *discernir* entre la prueba, necesaria para el crecimiento del hombre interior (cf *Lc* 8, 13-15;

*Hch* 14, 22; *2 Tm* 3, 12) en orden a una “virtud probada” (*Rm* 5, 3-5), y la tentación que conduce al pecado y a la muerte (cf *St* 1, 14-15)» (No. 2847). En este sentido, el Espíritu Santo nos provee el discernimiento necesario entre las pruebas de la vida y las tentaciones de la muerte; es decir, entre las pruebas que nos llevan a vivificar y las tentaciones que nos conducen a la perdición.

En este orden de ideas el ejemplo de San José nos da algunos elementos para saber pedir el Espíritu Santo y lograr este discernimiento entre prueba y tentación, y la consiguiente valentía para vencer esta última. Escribe el Papa Francisco: «José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia» (Patris corde, 4).

Una de las pasiones de nuestro ánimo con la que el espíritu del mal hace estrategia para destruir nuestra confianza en Dios es el miedo, el temor. El ángel dijo a José: «No temas» (Mateo 1, 20) y con la fuerza del Espíritu Santo que vence el temor humano, San José salió triunfante. En el bautismo recibimos el Espíritu Santo, fuimos consagrados a Dios y le pertenecemos; la tentación es vencida en la medida en la que dejamos obrar al Espíritu Santo y acogemos nuevamente la salvación dada en este sacramento de iniciación; parafraseando al papa Francisco sería: “acoger la vida nueva”, no solo la vida con sus contradicciones y decepciones sino acoger cada día las promesas bautismales: renunciar al mal y profesar la fe en el Supremo Bien que es Dios mismo.

Jesús fue tentado en el desierto adonde había sido llevado por el Espíritu luego de recibir el bautismo (cf. Mateo 4, 1); si Jesús hubiera temido al diablo no estaríamos contando la historia de victoria sobre el pecado y la muerte; el Señor Jesús vence con la confianza, con la acogida del Plan de Dios. San José había sido igualmente tentado y la tentación en aquel momento había tomado forma de legalidad extrema: cumplir la ley sin lugar a dudas aun cuando ello implicara sacrificar dos vidas. Pero venció el Espíritu de Dios que iluminó a José para que discerniera y convirtiera la tentación en una prueba: entre el caso extremo de lapidar a María, su esposa, y el caso mitigado de repudiarla en secreto para salvarle la vida, halló en el medio la virtud del justo: asumir la paternidad legal del Hijo de Dios; asumir el matrimonio con María, acoger un Niño, acoger una Madre, acoger el plan de Dios. Su acogida no fue una obligación indefectible sino la experiencia de su libertad llevada a obediencia.

El escritor eclesiástico Orígenes de Alejandría en el siglo tercero escribía que «Dios no quiere imponer el bien, quiere seres libres [...]. En algo la tentación es buena. Todos, menos Dios, ignoran lo que nuestra alma ha recibido de Dios, incluso nosotros. Pero la tentación lo manifiesta para enseñarnos a conocernos, y así, descubrirnos nuestra miseria, y obligarnos a dar gracias por los bienes que la tentación nos ha manifestado» (*De oratione*, 29, 15 y 17). Si seguimos a este escritor

podríamos decir que la tentación inicial que tuvo que enfrentar San José le permitió conocerse: descubrió su misión y se revelaron los bienes que Dios le concedió y que se resumen en la gran tarea de ser padre legal del Hijo del Padre Eterno.

#### **4. Libranos del mal: Contemplemos a San José custodio de Jesús y de María.**

Lamentablemente, en el mundo de hoy, existen ejemplos de padres de familia que no cumplen con la misión de custodiar a sus hijos, no los libran del mal, sino que, incluso, los acompañan con su silencio o los inducen con su complicidad. A decir verdad, no es un problema que hoy se presente de manera exclusiva, sino que en la actualidad es más evidente; por ejemplo, en la profecía de Isaías, Dios dice que aunque una madre se olvidara de su criatura Él no se olvidaría de su pueblo (cf. Isaías 49, 15), lo que indica que en el Antiguo Testamento había casos de padres que no eran custodios de sus hijos.

Si el Padre Eterno cuida de los lirios del campo y las aves del cielo (cf. Mateo 6, 26), si cuida aún más de los seres humanos por ser estos la cima de la creación, así mismo San José, espejo terreno del amor del Padre, se dedicó a librar del mal al Niño, al adolescente y al joven Jesús; esto está demostrado en la huida a Egipto para que el mal, personificado en Herodes, no lo alcanzara; en la búsqueda durante tres días hay de manera latente una preocupación: el Niño siempre correrá peligro pues desde su nacimiento hay fuerzas del mal que quieren impedir su misión.

La última petición del Padre Nuestro actualiza la victoria de Cristo sobre el mal, el pecado, el dolor y la muerte; al pedir a Dios que nos libre del mal estamos afirmando que solo él puede hacerlo pues esta guerra ya ha sido dada y la victoria es de Cristo. San José, como modelo de padre bajo cuya custodia nos amparamos, se ha hecho también, con su intercesión, un defensor nuestro ante el mal; él nos defiende de los nuevos Herodes que buscan destruirnos; con su humildad derrota a los Herodes de la ansiedad de poder; con su paciencia enfrenta a los Herodes que se desesperan por llevar a cabo sus planes sin Dios; con su silencio le sale al paso a los Herodes que buscan el espectáculo y el aplauso, las alabanzas y los reconocimientos humanos; con su pureza virginal responde a los Herodes del mundo hedonista cuyo Dios es su vientre y viven solo para satisfacer sus placeres.

Si al Padre Dios le pedimos que nos libre del mal personal también le pedimos que nos proteja de los males en la Iglesia: los que se gestan desde fuera y los que surgen desde dentro; del mismo modo a San José, como patrono de la Iglesia Universal, acudimos para que nos asista y nos custodie. Dice el Catecismo: «En esta última petición, la Iglesia presenta al Padre todas las desdichas del mundo. Con la liberación de todos los males que abruma a la humanidad, implora el don precioso de la paz y la gracia de la espera perseverante en el retorno de Cristo» (No. 2854). Al respecto, el papa Juan XIII, cuando escribió una carta apostólica sobre San José lo definió como el «poderoso amparo en la defensa contra los esfuerzos del ateísmo mundial,



que tiende a la ruina de las naciones cristianas»<sup>7</sup>. En esta etapa tan particular de la Iglesia, el año de San José debe motivarnos para seguir pidiendo al Santo Patriarca que nos libre del Maligno, del mal y de los males del mundo.

Termina el Papa Francisco su carta apostólica sobre San José con una petición que junto a las siete del Padre Nuestro deberíamos agregar como la octava en nuestra meditación personal. Dice el pontífice: «No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión». Gracia de las gracias es convertir nuestro corazón a Dios y ello le pedimos a nuestro Glorioso Patriarca. Es, además, el objetivo de este retiro: volver nuestra vida hacia el Creador que la sostiene. Que San José interceda por nosotros para que nuestra conversión sea sincera, permanente y procesual. Sincera para que logremos ser transparentes y reconozcamos con humildad todo aquello que nos impide la amistad con Dios; permanente para que no nos desmotivemos durante este largo camino que implica toda la vida; y procesual para que avancemos y se note nuestro progreso espiritual.

## **6. Meditación personal**

*(El coordinador del retiro ofrecerá el siguiente subsidio a cada participante. Se pueden elegir siete personas, a cada una se le asigna una petición del Padre Nuestro y se le encarga que durante la Hora Santa lea de viva voz su respectiva oración):*

Retome cada una de las siete peticiones del Padre Nuestro; utilice el cuadro para escribir una virtud o actitud de San José de modo que esta oración se haga realidad en su vida.

---

<sup>7</sup> Juan XXIII, Le voci (19 de marzo de 1961).



### **PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO**

	Petición de una virtud o actitud de San José
1. Santificado sea tu nombre	
2. Venga a nosotros tu Reino	
3. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo	
4. Danos hoy nuestro pan de cada día	
5. Perdona nuestras ofensas como perdonamos a los que nos ofenden	
6. No nos dejes caer en la tentación	
7. Líbranos del mal	

## 7. Descanso

## 8. Hora Santa y confesiones

### HORA SANTA: LA SAGRADA FAMILIA

*(Convendría que cerca del altar fueran colocadas las imágenes de San José y la Santísima Virgen María, reservando, claro está, el puesto principal y más visible para la Custodia con el Santísimo Sacramento de la Eucaristía)*

#### 8.1. Canto, exposición del Santísimo y aclamaciones iniciales.

**8.2. Monición inicial:** Hermanos y hermanas: Durante este retiro espiritual dedicado a meditar en el Padre Nuestro y San José hemos visto el modo privilegiado como nuestro Santo Patriarca encarna las virtudes cristianas. San José, padre nutricio de Nuestro Señor Jesucristo, sirvió el pan en la mesa de Nazaret; con su trabajo dio ejemplo de laboriosidad en el hogar; con su silencio y amor creativo fue eje nuclear para hacer de las adversidades una nueva oportunidad para asumir la voluntad de Dios. Junto con María Santísima buscó crear un ambiente santo para que el Hijo de Dios creciera en estatura, sabiduría y gracia. El Señor Jesús, en su vida terrena, tomó el alimento de manos de sus padres; ahora, el mismo Señor Jesucristo se nos entrega como Pan Vivo bajado del cielo; se ha quedado con nosotros como alimento de vida eterna.

Ofrezcamos esta Hora Santa por nuestra gran familia, la Iglesia Católica, para que encuentre en la Sagrada Familia de Nazaret el apoyo para continuar su misión de extender el Reino de Dios entre los hombres. Oremos, igualmente, por nuestra Iglesia Particular, por nuestra comunidad parroquial y por nuestra familia para que aprendamos la humildad de Nuestro Señor Cristo, la sencillez de la Virgen María y el silencio de San José, virtudes necesarias para que nuestros hogares se sostengan en la comprensión, el amor y el respeto.

#### 8.3. Canto

#### 8.4. Lectura del Evangelio: Marcos 3, 31-34: “El verdadero parentesco de Jesús”



### **8.5. Meditación:**

- «Quien cumpla la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre».
- (*Algunas pistas para la meditación*) María tiene un doble parentesco con Jesús: el de la sangre y el del espíritu. Igualmente, San José, no tiene el parentesco de la sangre, pero sí el parentesco legal y el del espíritu. Son doblemente privilegiados. Pero, sobre todo, el privilegio mayor está en que cumplieron la voluntad de Dios y esto los hace recibir las primicias de las bendiciones que trae la Nueva Alianza. Si quiero tener parentesco con Jesús debo acogerme a la voluntad del Padre Eterno; de otro modo no es posible. ¿Por qué me cuesta tanto aceptar la diferencia entre mi parecer caprichoso y la voluntad perfecta de Dios?

**8.6.** Silencio y más adelante un canto para terminar el momento de meditación.

**8.7.** Se invita a los siete participantes designados para que cada uno exprese de viva voz la oración de acuerdo a las siete peticiones del Padre Nuestro.

Después de cada oración todos los participantes hacen la aclamación correspondiente; puede darse, igualmente, un momento de silencio y un canto, si el tiempo lo permite:

#### **Después de la primera oración:**

- Jesús, José y María, que santifiquemos el Nombre de Dios con nuestras obras.

#### **Y así sucesivamente:**

- Jesús, José y María, que difundamos en nuestras vidas el Reino de Dios y su justicia.
- Jesús, José y María, que cumplamos la voluntad del Padre Eterno para ser verdadera familia de Dios.
- Jesús, José y María, que nunca falte en nuestras vidas el sustento material y las gracias espirituales
- Jesús, José y María, que nos reconciliemos con nuestra historia personal y familiar y podamos perdonar de corazón
- Jesús, José y María, que vencamos la tentación con la fuerza del Espíritu Santo que todo lo fortalece
- Jesús, José y María, que nos veamos liberados del mal y alcancemos la conversión sincera, permanente y progresiva.

**8.8.** Si el tiempo lo permite podría rezarse el Rosario de San José (o en su defecto, las Letanías a San José)

- + Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor, Dios Nuestro.
- + En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.



**Pasos:**

1. Consagración y oración inicial
2. Recitación de cada virtud
3. Padre Nuestro, cinco avemarías, la jaculatoria:

“Amado san José,  
haz crecer en mí la fe,  
que en ella encontraré  
la esperanza y caridad”.

4. Oraciones conclusivas.

**Consagración**

Oh san José, padre adoptivo de Jesús y también padre nuestro, a ti consagramos nuestra vida y la misión que Dios nos ha encomendado. Te pedimos intercedas por nosotros ante el Señor y lèves nuestra oración a su presencia. Tú, esposo de María casto, justo, prudente y humilde, enséñanos a practicar estas virtudes en ti gloriosas. Haznos dóciles, tiernos y mansos con nuestro prójimo, especialmente con nuestros padres, hijos y hermanos. Amado san José, ruega para que el Espíritu Santo haga morada permanente en nuestro corazón como lo hizo en el tuyo. Amén.

**Oración inicial**

Oh san José, Carpintero de Nazaret, que con tu paciente trabajo sostuviste la Sagrada Familia en esta tierra, enséñanos a descubrir en nuestros quehaceres de cada día el camino hacia Dios.

**Virtudes**

1. Por el tiempo que a María esperaste, danos la virtud de esperar en silencio y sin perder la paz.
2. Por tu matrimonio con María en perfecta castidad, danos la virtud de vivir en pureza y castidad.
3. Por aceptar la paternidad de Jesús, danos la virtud de aceptar y cumplir la voluntad de Dios
4. Por el día que dejaste todo por salvar a tu Hijo, danos la virtud de cumplir lo que Dios pide y vivir como tú, en santa obediencia.
5. Por el día que encontraste a tu Hijo en el Templo hablando con sabiduría y guardaste silencio, danos la virtud de callar ante quien habla en nombre de Dios.



## Oraciones conclusivas

Tú, san José, patrono de las familias, protector de la Iglesia, defensor de la niñez, fiel guardián de las madres y modelo de la vida consagrada, ayúdanos para alcanzar las gloriosas virtudes de castidad, prudencia, justicia y humildad que brillaron en tu corazón. Amén.

**Para terminar:** Oramos por el Santo Padre para que nos conduzca al triunfo del Inmaculado Corazón de María y del Sagrado Corazón de Jesús: Padre Nuestro, tres Avemarías y Gloria.

+ En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

**8.9.** Se concluye la Hora Santa como de costumbre y se procede a la Bendición con el Santísimo Sacramento.

**9. Eucaristía** (Si se juzga oportuno podría emplearse la Misa votiva de San José; igualmente, al finalizar la celebración podría hacerse la consagración a San José como aparece en el texto anexo 1).

## I ANEXO PARA EL RETIRO

### 10. Consagración a San José

¡Oh glorioso San José, dignísimo esposo de la Madre de Dios, padre adoptivo del Verbo encarnado, protector fiel de las almas que recurren a Ti!

¡Oh incomparable San José! Digno, entre todos los santos, de ser venerado, amado, invocado por la excelencia de tus virtudes, la eminencia de tu gloria y el poder de tu intercesión. Yo, indigno de ser tu siervo, pero atraído por tu bondad, vengo a consagrarme enteramente y para siempre a Ti. En presencia de Jesús tu Hijo, de María tu esposa y mi tierna Madre, y de toda la corte celestial me consagro a Ti, ¡oh bondadoso San José! Te elijo por mi guía para que a ejemplo tuyo me hagas vivir una vida interior profunda, que es la vida propia de un verdadero cristiano.

Me consagro a ti y te tomo por modelo en el cumplimiento de todos mis deberes; quiero cumplirlos como Tú, con humildad y dulzura. Yo te tomo, amable San José, por mi consejero, mi confidente y protector en todos mis trabajos y penas, que las soportaré como Tú, con paciencia y resignación. En todo seré feliz bajo tu amparo, y para merecerlo te consagro mi alma, mi corazón, mi cuerpo y sus sentidos, mis acciones y todos mis gozos y alegrías; en tus manos pongo mis sufrimientos y trabajos, todos los momentos de mi vida y, sobre todo, aquel del cual depende mi eternidad.

Recíbeme como tu siervo, ¡oh Santo Patriarca! Acéptame como hijo tuyo y ejerce en mí toda tu autoridad: sé la fuerza que sostenga mi flaqueza, el consuelo que calme todas mis aflicciones; sé mi esperanza y mi refugio en todas mis necesidades, y mi apoyo en todos los sinsabores de mi vida. Asísteme especialmente en la hora de mi muerte y hazme digno de entrar en la patria de los justos. Amén.



## II ANEXO PARA EL RETIRO

### ORACIÓN A SAN JOSÉ (León XIII – 1889)

*A ti, bienaventurado San José, acudimos en nuestra tribulación, y después de implorar el auxilio de tu santísima esposa, solicitamos también con fiadamente tu patrocinio.*

*Con aquella caridad que te tuvo unido con la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, y por el paterno amor con que abrazaste al Niño Jesús, humildemente te suplicamos que vuelvas benigno los ojos a la herencia que con su Sangre adquirió Jesucristo, y con tu poder y auxilio socorras nuestras necesidades.*

*Protege, oh providentísimo Custodio de la divina Familia, la escogida descendencia de Jesucristo; aleja de nosotros, oh padre amantísimo, este flagelo de errores y vicios. Asístenos propicio desde el cielo, en esta lucha contra el poder de las tinieblas; y como en otro tiempo libraste de la muerte la vida amenazada del Niño Jesús, así ahora defiende a la santa Iglesia de Dios de las hostiles insidias y de toda adversidad.*

*Y a cada uno de nosotros protégenos con tu constante patrocinio, para que, a ejemplo tuyo, y sostenidos por tu auxilio, podamos vivir y morir santamente y alcanzar en los cielos la eterna bienaventuranza. Amén*



### III ANEXO PARA EL RETIRO

#### EXPLICACIÓN SOBRE LAS INDULGENCIAS

Conviene que si vamos a ganar la Indulgencia plenaria podamos tener conciencia de qué es lo que haremos. En el Catecismo de la Iglesia Católica, numeral 1.471, así como en el Código de Derecho Canónico, cánones 992 a 994, se nos habla de las Indulgencias:

*«La indulgencia es la remisión ante Dios de la pena temporal por los pecados, ya perdonados, en cuanto a la culpa, que un fiel dispuesto y cumpliendo determinadas condiciones consigue por mediación de la Iglesia, la cual, como administradora de la redención, distribuye y aplica con autoridad el tesoro de las satisfacciones de Cristo y de los santos».*

*«La indulgencia es parcial o plenaria según libere de la pena temporal debida por los pecados en parte o totalmente» (Indulgentiarum doctrina, normas 2). «Todo fiel puede lucrar para sí mismo o aplicar por los difuntos, a manera de sufragio, las indulgencias tanto parciales como plenarias».*

La explicación de esta doctrina es breve: cuando cometemos un pecado lo hacemos por nuestra culpa; recuerden que cuando rezamos el “Yo pecador” decimos: “Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa”. Es decir, nosotros somos los responsables cuando pecamos, hemos decidido con libertad y consentimiento trasgredir la ley de Dios. La culpa se perdona cuando nos acercamos a la confesión sacramental; en la Reconciliación la culpa se remite, es decir, se perdona. Pero queda un remanente, por decirlo así: es lo que se llama la pena; es decir, una consecuencia que debemos asumir. Si estuviéramos hablando en lenguaje forense, como en los tribunales, la pena vendría a ser un castigo por la trasgresión: desde una privación domiciliaria de la libertad hasta una cadena perpetua; en lenguaje teológico diríamos: pena temporal y pena eterna.

#### Un vocabulario esencial

**Condiciones:** Para ganar la Indulgencia, bien sea plenaria o parcial, habitualmente existen tres condiciones: confesión sacramental (antes o incluso después de cumplir el acto de fe o de religión ligado a la indulgencia), comunión eucarística y oración según las intenciones del Santo Padre.

**Culpa:** ofensa hecha a Dios y al prójimo que va ligada al pecado. Debe distinguirse del “sentimiento de culpa” expresión que es usada en ámbito psicológico porque el reconocimiento del pecado (culpa moral) es un acto del entendimiento y de la voluntad y no es un sentimiento. Santo Tomás de Aquino fue quien acuñó la diferencia entre la culpa y la pena (cf. *De malo*, 7, 11).



**Remisión:** perdón del pecado que se otorga en el sacramento de la Reconciliación o Confesión.

**Pena eterna:** la privación de la vida eterna como consecuencia del pecado grave que impide la comunión con Dios. La pena eterna se remite (se perdona) con la confesión sacramental.

**Pena temporal:** en lenguaje forense sería un castigo ocasionado por la comisión de un delito; pero en el caso que nos ocupa, dice el Catecismo (n. 1472): “Estas dos penas [i.e. la eterna y la temporal] no deben ser concebidas como una especie de venganza, infligida por Dios desde el exterior, sino como algo que brota de la naturaleza misma del pecado”. Es decir, la pena temporal sería la consecuencia lógica del pecado, de la falta de perseverancia en la comunión con Dios.

Si la pena eterna se perdona en el sacramento de la confesión, la pena temporal, ¿cómo se perdona? Con la purificación. El Concilio de Trento (cf. Sesión XIV, canon 13 de penitencia y sesión XXV) señala que esta purificación se puede lograr:

A. En la vida presente, antes de la muerte:

1. Por los méritos de Cristo (aplicados en las Indulgencias).
2. Por el ánimo penitente: es decir, por los sufrimientos en esta tierra, pacientemente tolerados (penitencia impuesta por Cristo); por las penitencias impuestas por el sacerdote en la confesión; por las penitencias voluntarias (ayuno, oración, limosna o cualquier otra obra de piedad – cf. DH 1713)

B. Después de la muerte:

3. Por la purificación en el purgatorio (DH 1820).

**Purgatorio:** De modo que, si en esta vida logro una purificación perfecta, ¿puedo “evitar el purgatorio”? La respuesta es, escuetamente, sí. El Catecismo de la Iglesia Católica (n. 1472), con base en el Concilio de Trento, expuso que «una conversión que procede de una ferviente caridad puede llegar a la total purificación del pecador, de modo que no subsistiría ninguna pena (cf. Concilio de Trento: DS 1712-13; 1820)». Por lo tanto, si no subsiste ninguna pena en el creyente, este no tendría nada que purificar después de la muerte pues habría logrado antes de ella una purificación perfecta como fruto de su proceso de conversión permanente y el camino perseverante hacia la santidad. Un documento más confirma esto: «La Iglesia [...] cree, por último, para los elegidos, en una eventual purificación, previa a la visión divina; del todo diversa, sin embargo, del castigo de los condenados. Esto es lo que entiende la Iglesia cuando habla del purgatorio». (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología*, 7). De modo que si al purgatorio se le da el calificativo de «eventual» purificación se puede concluir que no todos están obligados a pasar por allí.



Esta es la confirmación de por qué la Iglesia “canoniza” a los fieles de quienes se ha demostrado su vida santa declarando que ya están en el cielo: ¡están en el cielo no porque hayan sido canonizados, sino que fueron canonizados porque se comprobó – con nuestros pobres medios y luces – que estaban en el cielo!; ¿Cómo se llega a esa conclusión? por sus frutos de conversión y de perseverancia en la santidad. Efectivamente, Tertuliano (siglo II) afirmaba que esta purificación era para todos, menos para los mártires (cf. *De anima*, 58) pues ya en este mundo se habían purificado.

Por consiguiente, los que mueren con una purificación imperfecta, como lo afirma el numeral 1030 del Catecismo, sí deben pasar por el purgatorio: «Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo». Por este motivo, y en razón de la “comunidad de los santos”, existe la posibilidad no solo de aplicar el don de la indulgencia en beneficio de quien cumple las condiciones sino que, además, se puede aplicar por los fieles difuntos; expresa el catecismo de la Iglesia Católica: «La Iglesia peregrina, perfectamente consciente de esta comunión de todo el cuerpo místico de Jesucristo, desde los primeros tiempos del cristianismo honró con gran piedad el recuerdo de los difuntos y también ofreció sufragios por ellos; "pues es una idea santa y piadosa orar por los difuntos para que se vean libres de sus pecados" (2 M 12, 46)". (LG 50). Nuestra oración por ellos puede no solamente ayudarles, sino también hacer eficaz su intercesión en nuestro favor».<sup>8</sup>

Predicar las Indulgencias, entonces, es un deber pastoral de todos los sacerdotes pues no se trata de una doctrina obsoleta, sino que hace parte de la fe católica por la cual creemos en la eficacia de la salvación de Cristo obrada en su muerte y resurrección y la aplicación de sus infinitos méritos para la sanación de nuestro estado de pecado y sus consecuencias, y la restauración de nuestro ser a la vida de gracia.

---

<sup>8</sup> Catecismo de la Iglesia Católica, No. 958.

## ANEXO 1

### CARTA APOSTÓLICA **PATRIS CORDE** **DEL SANTO PADRE FRANCISCO** CON MOTIVO DEL 150.º ANIVERSARIO DE LA DECLARACIÓN DE SAN JOSÉ COMO PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Con corazón de padre: así José amó a Jesús, llamado en los cuatro Evangelios «*el hijo de José*»<sup>1</sup>.

Los dos evangelistas que evidenciaron su figura, Mateo y Lucas, refieren poco, pero lo suficiente para entender qué tipo de padre fuese y la misión que la Providencia le confió.

Sabemos que fue un humilde carpintero (cf. *Mt* 13,55), desposado con María (cf. *Mt* 1,18; *Lc* 1,27); un «hombre justo» (*Mt* 1,19), siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios manifestada en su ley (cf. *Lc* 2,22.27.39) y a través de los cuatro sueños que tuvo (cf. *Mt* 1,20; 2,13.19.22). Después de un largo y duro viaje de Nazaret a Belén, vio nacer al Mesías en un pesebre, porque en otro sitio «no había lugar para ellos» (*Lc* 2,7). Fue testigo de la adoración de los pastores (cf. *Lc* 2,8-20) y de los Magos (cf. *Mt* 2,1-12), que representaban respectivamente el pueblo de Israel y los pueblos paganos.

Tuvo la valentía de asumir la paternidad legal de Jesús, a quien dio el nombre que le reveló el ángel: «Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (*Mt* 1,21). Como se sabe, en los pueblos antiguos poner un nombre a una persona o a una cosa significaba adquirir la pertenencia, como hizo Adán en el relato del Génesis (cf. 2,19-20).

En el templo, cuarenta días después del nacimiento, José, junto a la madre, presentó el Niño al Señor y escuchó sorprendido la profecía que Simeón pronunció sobre Jesús y María (cf. *Lc* 2,22-35). Para proteger a Jesús de Herodes, permaneció en Egipto como extranjero (cf. *Mt* 2,13-18). De regreso en su tierra, vivió de manera oculta en el pequeño y desconocido pueblo de Nazaret, en Galilea —de donde, se decía: “No sale ningún profeta” y “no puede salir nada bueno” (cf. *Jn* 7,52; 1,46)—, lejos de Belén, su ciudad de origen, y de Jerusalén, donde estaba el templo. Cuando, durante una peregrinación a Jerusalén, perdieron a Jesús, que tenía doce años, él y María lo buscaron angustiados y lo encontraron en el templo mientras discutía con los doctores de la ley (cf. *Lc* 2,41-50).

Después de María, Madre de Dios, ningún santo ocupa tanto espacio en el Magisterio pontificio como José, su esposo. Mis predecesores han profundizado en el mensaje

---

<sup>1</sup> *Lc* 4,22; *Jn* 6,42; cf. *Mt* 13,55; *Mc* 6,3.

contenido en los pocos datos transmitidos por los Evangelios para destacar su papel central en la historia de la salvación: el beato Pío IX lo declaró «Patrono de la Iglesia Católica»<sup>2</sup>, el venerable Pío XII lo presentó como “Patrono de los trabajadores”<sup>3</sup> y san Juan Pablo II como «Custodio del Redentor»<sup>4</sup>. El pueblo lo invoca como «Patrono de la buena muerte»<sup>5</sup>.

Por eso, al cumplirse ciento cincuenta años de que el beato Pío IX, el 8 de diciembre de 1870, lo declarara como *Patrono de la Iglesia Católica*, quisiera —como dice Jesús— que “la boca hable de aquello de lo que está lleno el corazón” (cf. *Mt 12,34*), para compartir con ustedes algunas reflexiones personales sobre esta figura extraordinaria, tan cercana a nuestra condición humana. Este deseo ha crecido durante estos meses de pandemia, en los que podemos experimentar, en medio de la crisis que nos está golpeando, que «nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último *show* pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. [...] Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos»<sup>6</sup>. Todos pueden encontrar en san José —el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta— un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad. San José nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos o en “segunda línea” tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación. A todos ellos va dirigida una palabra de reconocimiento y de gratitud.

## 1. *Padre amado*

La grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto tal, «entró en el servicio de toda la economía de la encarnación», como dice san Juan Crisóstomo<sup>7</sup>.

---

<sup>2</sup> S. Rituum Congreg., *Quemadmodum Deus* (8 diciembre 1870): ASS 6 (1870-71), 194.

<sup>3</sup> Cf. *Discurso a las Asociaciones cristianas de Trabajadores italianos con motivo de la Solemnidad de san José obrero* (1 mayo 1955): AAS 47 (1955), 406.

<sup>4</sup> Exhort. ap. *Redemptoris custos* (15 agosto 1989): AAS 82 (1990), 5-34.

<sup>5</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1014.

<sup>6</sup> *Meditación en tiempos de pandemia* (27 marzo 2020): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (3 abril 2020), p. 3.

<sup>7</sup> *In Matth. Hom*, V, 3: PG 57, 58.



San Pablo VI observa que su paternidad se manifestó concretamente «al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la oblación sobrehumana de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías nacido en su casa»<sup>8</sup>.

Por su papel en la historia de la salvación, san José es un padre que siempre ha sido amado por el pueblo cristiano, como lo demuestra el hecho de que se le han dedicado numerosas iglesias en todo el mundo; que muchos institutos religiosos, hermandades y grupos eclesiales se inspiran en su espiritualidad y llevan su nombre; y que desde hace siglos se celebran en su honor diversas representaciones sagradas. Muchos santos y santas le tuvieron una gran devoción, entre ellos Teresa de Ávila, quien lo tomó como abogado e intercesor, encomendándose mucho a él y recibiendo todas las gracias que le pedía. Alentada por su experiencia, la santa persuadía a otros para que le fueran devotos<sup>9</sup>.

En todos los libros de oraciones se encuentra alguna oración a san José. Invocaciones particulares que le son dirigidas todos los miércoles y especialmente durante todo el mes de marzo, tradicionalmente dedicado a él<sup>10</sup>.

La confianza del pueblo en san José se resume en la expresión “*Ite ad Ioseph*”, que hace referencia al tiempo de hambruna en Egipto, cuando la gente le pedía pan al faraón y él les respondía: «Vayan donde José y hagan lo que él les diga» (*Gn* 41,55). Se trataba de José el hijo de Jacob, a quien sus hermanos vendieron por envidia (cf. *Gn* 37,11-28) y que —siguiendo el relato bíblico— se convirtió posteriormente en virrey de Egipto (cf. *Gn* 41,41-44).

Como descendiente de David (cf. *Mt* 1,16.20), de cuya raíz debía brotar Jesús según la promesa hecha a David por el profeta Natán (cf. *2 Sam* 7), y como esposo de María de Nazaret, san José es la pieza que une el Antiguo y el Nuevo Testamento.

## **2. Padre en la ternura**

José vio a Jesús progresar día tras día «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (*Lc* 2,52). Como hizo el Señor con Israel, así él “le enseñó a

---

<sup>8</sup> Homilía (19 marzo 1966): *Insegnamenti di Paolo VI*, IV (1966), 110.

<sup>9</sup> Cf. *Libro de la vida*, 6, 6-8.

<sup>10</sup> Todos los días, durante más de cuarenta años, después de Laudes, recito una oración a san José tomada de un libro de devociones francés del siglo XIX, de la Congregación de las Religiosas de Jesús y María, que expresa devoción, confianza y un cierto reto a san José: «Glorioso patriarca san José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles, ven en mi ayuda en estos momentos de angustia y dificultad. Toma bajo tu protección las situaciones tan graves y difíciles que te confío, para que tengan una buena solución. Mi amado Padre, toda mi confianza está puesta en ti. Que no se diga que te haya invocado en vano y, como puedes hacer todo con Jesús y María, muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder. Amén».

caminar, y lo tomaba en sus brazos: era para él como el padre que alza a un niño hasta sus mejillas, y se inclina hacia él para darle de comer” (cf. *Os* 11,3-4).

Jesús vio la ternura de Dios en José: «Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen» (*Sal* 103,13).

En la sinagoga, durante la oración de los Salmos, José ciertamente habrá oído el eco de que el Dios de Israel es un Dios de ternura<sup>11</sup>, que es bueno para todos y «su ternura alcanza a todas las criaturas» (*Sal* 145,9).

La historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza» (*Rm* 4,18) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad. Esto es lo que hace que san Pablo diga: «Para que no me engría tengo una espina clavada en el cuerpo, un emisario de Satanás que me golpea para que no me engría. Tres veces le he pedido al Señor que la aparte de mí, y él me ha dicho: “¡Te basta mi gracia!, porque mi poder se manifiesta plenamente en la debilidad”» (*2 Co* 12,7-9).

Si esta es la perspectiva de la economía de la salvación, debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura<sup>12</sup>.

El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo, mientras que el Espíritu la saca a la luz con ternura. La ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros. El dedo que señala y el juicio que hacemos de los demás son a menudo un signo de nuestra incapacidad para aceptar nuestra propia debilidad, nuestra propia fragilidad. Sólo la ternura nos salvará de la obra del Acusador (cf. *Ap* 12,10). Por esta razón es importante encontrarnos con la Misericordia de Dios, especialmente en el sacramento de la Reconciliación, teniendo una experiencia de verdad y ternura. Paradójicamente, incluso el Maligno puede decirnos la verdad, pero, si lo hace, es para condenarnos. Sabemos, sin embargo, que la Verdad que viene de Dios no nos condena, sino que nos acoge, nos abraza, nos sostiene, nos perdona. La Verdad siempre se nos presenta como el Padre misericordioso de la parábola (cf. *Lc* 15,11-32): viene a nuestro encuentro, nos devuelve la dignidad, nos pone nuevamente de pie, celebra con nosotros, porque «mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado» (v. 24).

También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia.

---

<sup>11</sup> Cf. *Dt* 4,31; *Sal* 69,17; 78,38; 86,5; 111,4; 116,5; *Jr* 31,20.

<sup>12</sup> Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 88, 288: AAS 105 (2013), 1057, 1136-1137.

### **3. Padre en la obediencia**

Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad<sup>13</sup>.

José estaba muy angustiado por el embarazo incomprensible de María; no quería «denunciarla públicamente»<sup>14</sup>, pero decidió «romper su compromiso en secreto» (*Mt 1,19*). En el primer sueño el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: «No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (*Mt 1,20-21*). Su respuesta fue inmediata: «Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado» (*Mt 1,24*). Con la obediencia superó su drama y salvó a María.

En el segundo sueño el ángel ordenó a José: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (*Mt 2,13*). José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar: «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes» (*Mt 2,14-15*).

En Egipto, José esperó con confianza y paciencia el aviso prometido por el ángel para regresar a su país. Y cuando en un tercer sueño el mensajero divino, después de haberle informado que los que intentaban matar al niño habían muerto, le ordenó que se levantara, que tomase consigo al niño y a su madre y que volviera a la tierra de Israel (cf. *Mt 2,19-20*), él una vez más obedeció sin vacilar: «Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en la tierra de Israel» (*Mt 2,21*).

Pero durante el viaje de regreso, «al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños —y es la cuarta vez que sucedió—, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret» (*Mt 2,22-23*).

El evangelista Lucas, por su parte, relató que José afrontó el largo e incómodo viaje de Nazaret a Belén, según la ley del censo del emperador César Augusto, para empadronarse en su ciudad de origen. Y fue precisamente en esta circunstancia que Jesús nació y fue asentado en el censo del Imperio, como todos los demás niños (cf. *Lc 2,1-7*).

San Lucas, en particular, se preocupó de resaltar que los padres de Jesús observaban todas las prescripciones de la ley: los ritos de la circuncisión de Jesús, de la

<sup>13</sup> Cf. *Gn 20,3; 28,12; 31,11.24; 40,8; 41,1-32; Nm 12,6; 1 Sam 3,3-10; Dn 2; 4; Jb 33,15.*

<sup>14</sup> En estos casos estaba prevista la lapidación (cf. *Dt 22,20-21*).

purificación de María después del parto, de la presentación del primogénito a Dios (cf. 2,21-24)<sup>15</sup>.

En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su “*fiat*”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní.

José, en su papel de cabeza de familia, enseñó a Jesús a ser sumiso a sus padres, según el mandamiento de Dios (cf. *Ex* 20,12).

En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Dicha voluntad se transformó en su alimento diario (cf. *Jn* 4,34). Incluso en el momento más difícil de su vida, que fue en Getsemaní, prefirió hacer la voluntad del Padre y no la suya propia<sup>16</sup> y se hizo «obediente hasta la muerte [...] de cruz» (*Flp* 2,8). Por ello, el autor de la Carta a los Hebreos concluye que Jesús «aprendió sufriendo a obedecer» (5,8).

Todos estos acontecimientos muestran que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”»<sup>17</sup>.

#### **4. Padre en la acogida**

José acogió a María sin poner condiciones previas. Confió en las palabras del ángel. «La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio»<sup>18</sup>.

Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. Si no nos reconciamos con nuestra historia, ni siquiera podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones.

La vida espiritual de José no nos muestra una vía que *explica*, sino una vía que *acoge*. Sólo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un significado más profundo. Parecen hacerse eco las ardientes palabras de Job que, ante la invitación de su esposa a rebelarse contra todo el mal

---

<sup>15</sup> Cf. *Lv* 12,1-8; *Ex* 13,2.

<sup>16</sup> Cf. *Mt* 26,39; *Mc* 14,36; *Lc* 22,42.

<sup>17</sup> S. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Redemptoris custos* (15 agosto 1989), 8: AAS 82 (1990), 14.

<sup>18</sup> *Homilía en la Santa Misa con beatificaciones*, Villavicencio – Colombia (8 septiembre 2017): AAS 109 (2017), 1061.

que le sucedía, respondió: «Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?» (*Jb 2,10*).

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.

La venida de Jesús en medio de nosotros es un regalo del Padre, para que cada uno pueda reconciliarse con la carne de su propia historia, aunque no la comprenda del todo.

Como Dios dijo a nuestro santo: «José, hijo de David, no temas» (*Mt 1,20*), parece repetirnos también a nosotros: “¡No tengan miedo!”. Tenemos que dejar de lado nuestra ira y decepción, y hacer espacio —sin ninguna resignación mundana y con una fortaleza llena de esperanza— a lo que no hemos elegido, pero está allí. Acoger la vida de esta manera nos introduce en un significado oculto. La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede hacer que las flores broten entre las rocas. Aun cuando nuestra conciencia nos reprocha algo, Él «es más grande que nuestra conciencia y lo sabe todo» (*1 Jn 3,20*).

El realismo cristiano, que no rechaza nada de lo que existe, vuelve una vez más. La realidad, en su misteriosa irreductibilidad y complejidad, es portadora de un sentido de la existencia con sus luces y sombras. Esto hace que el apóstol Pablo afirme: «Sabemos que todo contribuye al bien de quienes aman a Dios» (*Rm 8,28*). Y san Agustín añade: «Aun lo que llamamos mal (*etiam illud quod malum dicitur*)»<sup>19</sup>. En esta perspectiva general, la fe da sentido a cada acontecimiento feliz o triste.

Entonces, lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelen. La fe que Cristo nos enseñó es, en cambio, la que vemos en san José, que no buscó atajos, sino que afrontó “con los ojos abiertos” lo que le acontecía, asumiendo la responsabilidad en primera persona.

La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. *1 Co 1,27*), es «padre de los huérfanos y defensor de las viudas» (*Sal 68,6*) y nos ordena amar al extranjero<sup>20</sup>. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cf. *Lc 15,11-32*).

---

<sup>19</sup> *Enchiridion de fide, spe et caritate*, 3.11: PL 40, 236.

<sup>20</sup> Cf. *Dt 10,19*; *Ex 22,20-22*; *Lc 10,29-37*.

## **5. Padre de la valentía creativa**

Si la primera etapa de toda verdadera curación interior es acoger la propia historia, es decir, hacer espacio dentro de nosotros mismos incluso para lo que no hemos elegido en nuestra vida, necesitamos añadir otra característica importante: la valentía creativa. Esta surge especialmente cuando encontramos dificultades. De hecho, cuando nos enfrentamos a un problema podemos detenernos y bajar los brazos, o podemos ingeniárnoslas de alguna manera. A veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener.

Muchas veces, leyendo los “Evangelios de la infancia”, nos preguntamos por qué Dios no intervino directa y claramente. Pero Dios actúa a través de eventos y personas. José era el hombre por medio del cual Dios se ocupó de los comienzos de la historia de la redención. Él era el verdadero “milagro” con el que Dios salvó al Niño y a su madre. El cielo intervino confiando en la valentía creadora de este hombre, que cuando llegó a Belén y no encontró un lugar donde María pudiera dar a luz, se instaló en un establo y lo arregló hasta convertirlo en un lugar lo más acogedor posible para el Hijo de Dios que venía al mundo (cf. *Lc* 2,6-7). Ante el peligro inminente de Herodes, que quería matar al Niño, José fue alertado una vez más en un sueño para protegerlo, y en medio de la noche organizó la huida a Egipto (cf. *Mt* 2,13-14).

De una lectura superficial de estos relatos se tiene siempre la impresión de que el mundo esté a merced de los fuertes y de los poderosos, pero la “buena noticia” del Evangelio consiste en mostrar cómo, a pesar de la arrogancia y la violencia de los gobernantes terrenales, Dios siempre encuentra un camino para cumplir su plan de salvación. Incluso nuestra vida parece a veces que está en manos de fuerzas superiores, pero el Evangelio nos dice que Dios siempre logra salvar lo que es importante, con la condición de que tengamos la misma valentía creativa del carpintero de Nazaret, que sabía transformar un problema en una oportunidad, anteponiendo siempre la confianza en la Providencia.

Si a veces pareciera que Dios no nos ayuda, no significa que nos haya abandonado, sino que confía en nosotros, en lo que podemos planear, inventar, encontrar.

Es la misma valentía creativa que mostraron los amigos del paralítico que, para presentarlo a Jesús, lo bajaron del techo (cf. *Lc* 5,17-26). La dificultad no detuvo la audacia y la obstinación de esos amigos. Ellos estaban convencidos de que Jesús podía curar al enfermo y «como no pudieron introducirlo por causa de la multitud, subieron a lo alto de la casa y lo hicieron bajar en la camilla a través de las tejas, y lo colocaron en medio de la gente frente a Jesús. Jesús, al ver la fe de ellos, le dijo al paralítico: “¡Hombre, tus pecados quedan perdonados!”» (vv. 19-20). Jesús reconoció la fe creativa con la que esos hombres trataron de traerle a su amigo enfermo.

El Evangelio no da ninguna información sobre el tiempo en que María, José y el Niño permanecieron en Egipto. Sin embargo, lo que es cierto es que habrán tenido necesidad de comer, de encontrar una casa, un trabajo. No hace falta mucha imaginación para llenar el silencio del Evangelio a este respecto. La Sagrada Familia tuvo que afrontar problemas concretos como todas las demás familias, como muchos de nuestros hermanos y hermanas migrantes que incluso hoy arriesgan sus vidas forzados por las adversidades y el hambre. A este respecto, creo que san José sea realmente un santo patrono especial para todos aquellos que tienen que dejar su tierra a causa de la guerra, el odio, la persecución y la miseria.

Al final de cada relato en el que José es el protagonista, el Evangelio señala que él se levantó, tomó al Niño y a su madre e hizo lo que Dios le había mandado (cf. *Mt* 1,24; 2,14.21). De hecho, Jesús y María, su madre, son el tesoro máspreciado de nuestra fe<sup>21</sup>.

En el plan de salvación no se puede separar al Hijo de la Madre, de aquella que «avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente su unión con su Hijo hasta la cruz»<sup>22</sup>.

Debemos preguntarnos siempre si estamos protegiendo con todas nuestras fuerzas a Jesús y María, que están misteriosamente confiados a nuestra responsabilidad, a nuestro cuidado, a nuestra custodia. El Hijo del Todopoderoso viene al mundo asumiendo una condición de gran debilidad. Necesita de José para ser defendido, protegido, cuidado, criado. Dios confía en este hombre, del mismo modo que lo hace María, que encuentra en José no sólo al que quiere salvar su vida, sino al que siempre velará por ella y por el Niño. En este sentido, san José no puede dejar de ser el Custodio de la Iglesia, porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia, y al mismo tiempo en la maternidad de la Iglesia se manifiesta la maternidad de María<sup>23</sup>. José, a la vez que continúa protegiendo a la Iglesia, sigue amparando *al Niño y a su madre*, y nosotros también, amando a la Iglesia, continuamos amando *al Niño y a su madre*.

Este Niño es el que dirá: «Les aseguro que siempre que ustedes lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron» (*Mt* 25,40). Así, cada persona necesitada, cada pobre, cada persona que sufre, cada moribundo, cada extranjero, cada prisionero, cada enfermo son “el Niño” que José sigue custodiando. Por eso se invoca a san José como protector de los indigentes, los necesitados, los exiliados, los afligidos, los pobres, los moribundos. Y es por lo mismo que la Iglesia no puede dejar de amar a los más pequeños, porque Jesús ha puesto en ellos su preferencia, se identifica personalmente con ellos. De José debemos aprender el mismo cuidado y responsabilidad: amar al Niño y a su madre; amar los sacramentos

---

<sup>21</sup> Cf. S. Rituum Congreg., *Quemadmodum Deus* (8 diciembre 1870): ASS 6 (1870-71), 193; B. Pío IX, Carta ap. *Incllytum Patriarcham* (7 julio 1871): l.c., 324-327.

<sup>22</sup> Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 58.

<sup>23</sup> Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 963-970.

y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres. En cada una de estas realidades está siempre *el Niño y su madre*.

## **6. Padre trabajador**

Un aspecto que caracteriza a san José y que se ha destacado desde la época de la primera Encíclica social, la *Rerum novarum* de León XIII, es su relación con el trabajo. San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo.

En nuestra época actual, en la que el trabajo parece haber vuelto a representar una urgente cuestión social y el desempleo alcanza a veces niveles impresionantes, aun en aquellas naciones en las que durante décadas se ha experimentado un cierto bienestar, es necesario, con una conciencia renovada, comprender el significado del trabajo que da dignidad y del que nuestro santo es un patrono ejemplar.

El trabajo se convierte en participación en la obra misma de la salvación, en oportunidad para acelerar el advenimiento del Reino, para desarrollar las propias potencialidades y cualidades, poniéndolas al servicio de la sociedad y de la comunión. El trabajo se convierte en ocasión de realización no sólo para uno mismo, sino sobre todo para ese núcleo original de la sociedad que es la familia. Una familia que carece de trabajo está más expuesta a dificultades, tensiones, fracturas e incluso a la desesperada y desesperante tentación de la disolución. ¿Cómo podríamos hablar de dignidad humana sin comprometernos para que todos y cada uno tengan la posibilidad de un sustento digno?

La persona que trabaja, cualquiera que sea su tarea, colabora con Dios mismo, se convierte un poco en creador del mundo que nos rodea. La crisis de nuestro tiempo, que es una crisis económica, social, cultural y espiritual, puede representar para todos un llamado a redescubrir el significado, la importancia y la necesidad del trabajo para dar lugar a una nueva “normalidad” en la que nadie quede excluido. La obra de san José nos recuerda que el mismo Dios hecho hombre no desdeñó el trabajo. La pérdida de trabajo que afecta a tantos hermanos y hermanas, y que ha aumentado en los últimos tiempos debido a la pandemia de Covid-19, debe ser un llamado a revisar nuestras prioridades. Imploremos a san José obrero para que encontremos caminos que nos lleven a decir: ¡Ningún joven, ninguna persona, ninguna familia sin trabajo!

## **7. Padre en la sombra**

El escritor polaco Jan Dobraczyński, en su libro *La sombra del Padre*<sup>24</sup>, noveló la vida de san José. Con la imagen evocadora de la sombra define la figura de José, que para Jesús es la sombra del Padre celestial en la tierra: lo auxilia, lo protege, no se aparta jamás de su lado para seguir sus pasos. Pensemos en aquello que Moisés

---

<sup>24</sup> Edición original: *Cień Ojca*, Varsovia 1977.

recuerda a Israel: «En el desierto, donde viste cómo el Señor, tu Dios, te cuidaba como un padre cuida a su hijo durante todo el camino» (Dt 1,31). Así José ejerció la paternidad durante toda su vida<sup>25</sup>.

Nadie nace padre, sino que se hace. Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente. Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido ejercita la paternidad respecto a él.

En la sociedad de nuestro tiempo, los niños a menudo parecen no tener padre. También la Iglesia de hoy en día necesita padres. La amonestación dirigida por san Pablo a los Corintios es siempre oportuna: «Podrán tener diez mil instructores, pero padres no tienen muchos» (1 Co 4,15); y cada sacerdote u obispo debería poder decir como el Apóstol: «Fui yo quien los engendré para Cristo al anunciarles el Evangelio» (ibíd.). Y a los Gálatas les dice: «Hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes» (4,19).

Ser padre significa introducir al niño en la experiencia de la vida, en la realidad. No para retenerlo, no para encarcelarlo, no para poseerlo, sino para hacerlo capaz de elegir, de ser libre, de salir. Quizás por esta razón la tradición también le ha puesto a José, junto al apelativo de padre, el de “castísimo”. No es una indicación meramente afectiva, sino la síntesis de una actitud que expresa lo contrario a poseer. La castidad está en ser libres del afán de poseer en todos los ámbitos de la vida. Sólo cuando un amor es casto es un verdadero amor. El amor que quiere poseer, al final, siempre se vuelve peligroso, aprisiona, sofoca, hace infeliz. Dios mismo amó al hombre con amor casto, dejándolo libre incluso para equivocarse y ponerse en contra suya. La lógica del amor es siempre una lógica de libertad, y José fue capaz de amar de una manera extraordinariamente libre. Nunca se puso en el centro. Supo cómo descentrarse, para poner a María y a Jesús en el centro de su vida.

La felicidad de José no está en la lógica del auto-sacrificio, sino en el don de sí mismo. Nunca se percibe en este hombre la frustración, sino sólo la confianza. Su silencio persistente no contempla quejas, sino gestos concretos de confianza. El mundo necesita padres, rechaza a los amos, es decir: rechaza a los que quieren usar la posesión del otro para llenar su propio vacío; rehúsa a los que confunden autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, confrontación con opresión, caridad con asistencialismo, fuerza con destrucción. Toda vocación verdadera nace del don de sí mismo, que es la maduración del simple sacrificio. También en el sacerdocio y la vida consagrada se requiere este tipo de madurez. Cuando una vocación, ya sea en la vida matrimonial, célibe o virginal, no alcanza la madurez de la entrega de sí misma deteniéndose sólo en la lógica del sacrificio, entonces en lugar de convertirse en signo de la belleza y la alegría del amor corre el riesgo de expresar infelicidad, tristeza y frustración.

---

<sup>25</sup> Cf. S. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Redemptoris custos*, 7-8: AAS 82 (1990), 12-16.

La paternidad que rehúsa la tentación de vivir la vida de los hijos está siempre abierta a nuevos espacios. Cada niño lleva siempre consigo un misterio, algo inédito que sólo puede ser revelado con la ayuda de un padre que respete su libertad. Un padre que es consciente de que completa su acción educativa y de que vive plenamente su paternidad sólo cuando se ha hecho “inútil”, cuando ve que el hijo ha logrado ser autónomo y camina solo por los senderos de la vida, cuando se pone en la situación de José, que siempre supo que el Niño no era suyo, sino que simplemente había sido confiado a su cuidado. Después de todo, eso es lo que Jesús sugiere cuando dice: «No llamen “padre” a ninguno de ustedes en la tierra, pues uno solo es su Padre, el del cielo» (Mt 23,9).

Siempre que nos encontremos en la condición de ejercer la paternidad, debemos recordar que nunca es un ejercicio de posesión, sino un “signo” que nos evoca una paternidad superior. En cierto sentido, todos nos encontramos en la condición de José: sombra del único Padre celestial, que «hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5,45); y sombra que sigue al Hijo.

\* \* \*

«Levántate, toma contigo al niño y a su madre» (Mt 2,13), dijo Dios a san José.

El objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución.

En efecto, la misión específica de los santos no es sólo la de conceder milagros y gracias, sino la de interceder por nosotros ante Dios, como hicieron Abrahán<sup>26</sup> y Moisés<sup>27</sup>, como hace Jesús, «único mediador» (1 Tm 2,5), que es nuestro «abogado» ante Dios Padre (1 Jn 2,1), «ya que vive eternamente para interceder por nosotros» (Hb 7,25; cf. Rm 8,34).

Los santos ayudan a todos los fieles «a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»<sup>28</sup>. Su vida es una prueba concreta de que es posible vivir el Evangelio.

Jesús dijo: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29), y ellos a su vez son ejemplos de vida a imitar. San Pablo exhortó explícitamente: «Vivan como imitadores míos» (1 Co 4,16)<sup>29</sup>. San José lo dijo a través de su elocuente silencio.

Ante el ejemplo de tantos santos y santas, san Agustín se preguntó: «¿No podrás tú lo que éstos y éstas?». Y así llegó a la conversión definitiva exclamando: «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva!»<sup>30</sup>.

---

<sup>26</sup> Cf. Gn 18,23-32.

<sup>27</sup> Cf. Ex 17,8-13; 32,30-35.

<sup>28</sup> Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 42.

<sup>29</sup> Cf. 1 Co 11,1; Flp 3,17; 1 Ts 1,6.

<sup>30</sup> *Confesiones*, 8, 11, 27: PL 32, 761; 10, 27, 38: PL 32, 795.



No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión.

A él dirigamos nuestra oración:

*Salve, custodio del Redentor  
y esposo de la Virgen María.  
A ti Dios confió a su Hijo,  
en ti María depositó su confianza,  
contigo Cristo se forjó como hombre.*

*Oh, bienaventurado José,  
muéstrate padre también a nosotros  
y guíanos en el camino de la vida.  
Concédenos gracia, misericordia y valentía,  
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

*Roma, en San Juan de Letrán, 8 de diciembre, Solemnidad de la Inmaculada  
Concepción de la Bienaventurada Virgen María, del año 2020, octavo de mi  
pontificado.*

**Francisco**

## ANEXO 2

### **DECRETO Se concede el don de indulgencias especiales con ocasión del Año de San José, convocado por el Papa Francisco para celebrar el 150 aniversario de la proclamación de San José como Patrono de la Iglesia universal**

Se concede el don de indulgencias especiales con ocasión del Año de San José, convocado por el Papa Francisco para celebrar el 150 aniversario de la proclamación de San José como patrono de la Iglesia universal.

Hoy se cumple el 150 aniversario del decreto *Quemadmodum Deus*, por el cual el Beato Pío IX, conmovido por las graves y luctuosas circunstancias en las que se encontraba una Iglesia acosada por la hostilidad de los hombres, declaró a san José Patrono de la Iglesia Católica.

Para perpetuar la dedicación de toda la Iglesia al poderoso patrocinio del Custodio de Jesús, el Papa Francisco ha establecido que, desde hoy, el aniversario del decreto de proclamación, así como el día consagrado a la Virgen Inmaculada y esposa del casto José, hasta el 8 de diciembre de 2021, se celebre un Año especial de San José, en el que cada fiel, siguiendo su ejemplo, pueda fortalecer diariamente su vida de fe en el pleno cumplimiento de la voluntad de Dios.

Todos los fieles tendrán así la oportunidad de comprometerse, con oraciones y buenas obras, para obtener, con la ayuda de San José, cabeza de la celestial Familia de Nazaret, consuelo y alivio de las graves tribulaciones humanas y sociales que afligen al mundo contemporáneo.

La devoción al Custodio del Redentor se ha desarrollado ampliamente a lo largo de la historia de la Iglesia, que no sólo le atribuye uno de los cultos más altos después del de la Madre de Dios su esposa, sino que también le ha otorgado muchos patrocinios.

El Magisterio de la Iglesia sigue descubriendo grandezas antiguas y nuevas en este tesoro que es San José, como el padre de Evangelio de Mateo "que extrae de su tesoro cosas nuevas y viejas" (Mt 13, 52).

De gran beneficio para la perfecta consecución del fin que se persigue será el don de las Indulgencias que la Penitenciaría Apostólica, por medio del presente decreto emitido de acuerdo con la voluntad del Papa Francisco, concede benévolamente durante el Año de San José.

La indulgencia plenaria se concede en las condiciones habituales (confesión sacramental, comunión eucarística y oración según las intenciones del Santo Padre) a los fieles que, con espíritu desprendido de cualquier pecado, participen en el Año de San José en las ocasiones y en el modo indicado por esta Penitenciaría Apostólica.



– a. San José, auténtico hombre de fe, nos invita a redescubrir nuestra relación filial con el Padre, a renovar nuestra fidelidad a la oración, a escuchar y responder con profundo discernimiento a la voluntad de Dios. La Indulgencia plenaria se concede a aquellos que mediten durante al menos 30 minutos en el rezo del Padre Nuestro, o que participen en un retiro espiritual de al menos un día que incluya una meditación sobre San José;

– b. El Evangelio atribuye a San José el título de "hombre justo" (cf. Mt 1,19): él, guardián del "íntimo secreto que se halla en el fondo del corazón y del alma"<sup>1</sup>, depositario del misterio de Dios y, por tanto, patrono ideal del foro interior, nos impulsa a redescubrir el valor del silencio, de la prudencia y de la lealtad en el cumplimiento de nuestros deberes. La virtud de la justicia practicada de manera ejemplar por José es la plena adhesión a la ley divina, que es la ley de la misericordia, «porque es precisamente la misericordia de Dios que lleva a cumplimiento la verdadera justicia»<sup>2</sup>. Por lo tanto, aquellos que, siguiendo el ejemplo de San José, realicen una obra de misericordia corporal o espiritual, también podrán lograr el don de la Indulgencia plenaria;

– c. El aspecto principal de la vocación de José fue ser custodio de la Sagrada Familia de Nazaret, esposo de la Santísima Virgen María y padre legal de Jesús. Para que todas las familias cristianas sean estimuladas a recrear el mismo clima de íntima comunión, amor y oración que se vivía en la Sagrada Familia, se concede la Indulgencia Plenaria por el rezo del Santo Rosario en las familias y entre los novios.

– d. El 1 de mayo de 1955, el Siervo de Dios Pío XII instituyó la fiesta de San José obrero, "con la intención de *que todos reconozcan la dignidad del trabajo y que ella inspire la vida social y las leyes fundadas sobre la equitativa repartición de derechos y de deberes*".<sup>3</sup> Podrá, por lo tanto, conseguir la indulgencia plenaria todo aquel que confíe diariamente su trabajo a la protección de San José y a todo creyente que invoque con sus oraciones la intercesión del obrero de Nazaret, para que los que buscan trabajo lo encuentren y el trabajo de todos sea más digno.

– e. La huida de la Sagrada Familia a Egipto "nos muestra Dios está allí donde el hombre está en peligro, allí donde el hombre sufre, allí donde huye, donde experimenta el rechazo y el abandono"<sup>4</sup>. Se concede la indulgencia plenaria a los fieles que recen la letanía de San José (para la tradición latina), o el Akathistos a San José, en su totalidad o al menos una parte de ella (para la tradición bizantina), o alguna otra oración a San José, propia de las otras tradiciones litúrgicas, en favor de la Iglesia perseguida ad intra y ad extra y para el alivio de todos los cristianos que sufren toda forma de persecución.

---

<sup>1</sup> Pío XI, *Discurso con motivo de la proclamación de las virtudes heroicas de la Sierva de Dios Emilia de Vialar* en "L'Osservatore Romano", año LXXV, n.67, marzo 1935.1

<sup>2</sup> Francisco, *Audiencia general* (3 de febrero de 2016)

<sup>3</sup> Pío XII, *Discurso con motivo de la solemnidad de san José obrero*, (1 de mayo de 1955) en *Discorsi e Radiomessaggi di Sua Santità Pio XII*, XVII 71-76.

<sup>4</sup> Francisco, *Angelus* (29 diciembre 2013)



Santa Teresa de Ávila reconoció en San José al protector de todas las circunstancias de la vida: "A otros parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas"<sup>5</sup>. Más recientemente, San Juan Pablo II reiteró que la figura de San José adquiere "una renovada actualidad para la Iglesia de nuestro tiempo, en relación con el nuevo milenio cristiano"<sup>6</sup>.

Con el fin de reafirmar la universalidad del patrocinio de la Iglesia por parte de San José, además de las ocasiones mencionadas, la Penitenciaría Apostólica concede una indulgencia plenaria a los fieles que recen cualquier oración o acto de piedad legítimamente aprobado en honor de San José, por ejemplo "A ti", oh bienaventurado José", especialmente el 19 de marzo y el 1 de mayo, fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José, el domingo de San José (según la tradición bizantina), el 19 de cada mes y cada miércoles, día dedicado a la memoria del Santo según la tradición latina.

En el actual contexto de emergencia sanitaria, el don de la indulgencia plenaria se extiende particularmente a los ancianos, los enfermos, los moribundos y todos aquellos que por razones legítimas no pueden salir de su casa, los cuales, con el ánimo desprendido de cualquier pecado y con la intención de cumplir, tan pronto como sea posible, las tres condiciones habituales, en su propia casa o dondequiera que el impedimento les retenga, recen un acto de piedad en honor de San José, consuelo de los enfermos y patrono de la buena muerte, ofreciendo con confianza a Dios los dolores y las dificultades de su vida.

Para que el logro de la gracia divina a través del poder de las Llaves sea facilitado pastoralmente, esta Penitenciaría ruega encarecidamente que todos los sacerdotes con las facultades apropiadas se ofrezcan con un ánimo dispuesto y generoso a la celebración del sacramento de la Penitencia y administren a menudo la Sagrada Comunión a los enfermos.

Este decreto es válido para el Año de San José, no obstante, cualquier disposición en contrario.

*Dado en Roma, por la Sede de la Penitenciaría Apostólica, el 8 de diciembre de 2020.*

Mauro Card. Piacenza  
**Penitenciario Mayor**

Krzysztof Nykiel  
**Regente**

---

<sup>5</sup> Teresa de Ávila, *Libro de La Vida*, VI, 6.

<sup>6</sup> Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Redemptoris Custos*, sobre la figura y misión de San José en la vida de Cristo y de la Iglesia (15 agosto 1989).